

FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES

SEDE ECUADOR

PROGRAMA DE SOCIOLOGÍA

CONVOCATORIA 2009-2011

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE MAESTRÍA EN CIENCIAS
SOCIALES CON MENCIÓN EN SOCIOLOGÍA**

**EXPERIENCIA MIGRATORIA DE LA (IN)MOVILIDAD: MIGRACIÓN,
GÉNERO Y AMBIENTE EN LA ZONA BAJA DEL CANTÓN CAÑAR.**

LUCÍA SALOMÉ PÉREZ MARTÍNEZ

NOVIEMBRE DE 2012

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
SEDE ECUADOR
PROGRAMA DE [ESTUDIOS QUE ACTUALMENTE CURSA]
CONVOCATORIA 200X-200X**

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE MAESTRÍA EN CIENCIAS
SOCIALES CON MENCIÓN EN SOCIOLOGÍA**

**EXPERIENCIA MIGRATORIA DE LA (IN)MOVILIDAD: MIGRACIÓN,
GÉNERO Y AMBIENTE EN LA ZONA BAJA DEL CANTÓN CAÑAR.**

LUCÍA SALOMÉ PÉREZ MARTÍNEZ

ASESORA DE TESIS: Ph.D GIOCONDA HERRERA

LECTORES/AS:

NOVIEMBRE DE 2012

ÍNDICE

CAPÍTULO I

EJES CONCEPTUALES Y METODOLÓGICOS:

FEMINISMOS AMBIENTALES, MIGRACIÓN Y ECONOMÍA POLÍTICA

Introducción	3
Ejes conceptuales	8
1. Género y ambiente: del ecofeminismo al cyborg	9
2. El género en la migración	14
3. Migración y ambiente en la economía política global	19
Estrategias metodológicas	22

CAPÍTULO II

EL CANTÓN CAÑAR: LA HISTÓRICA MIGRACIÓN FRENTE AL MEDIO AMBIENTE Y EL TERRITORIO

Características demográficas y socioeconómicas del cantón Cañar	26
Cañar, un espacio de migración	29
Producción y medio ambiente en el cantón Cañar	31
Las dinámicas socio-ambientales en relación con los procesos migratorios	35
La zona baja del cantón Cañar: población, migración y producción	36

CAPÍTULO III

LA EXPERIENCIA DE LA MIGRACIÓN EN EL “QUEDARSE”: EL CASO DE LAS MUJERES LÍDERES DE LA ZONA BAJA DEL CANTÓN CAÑAR

La experiencia migratoria de las mujeres en el “quedarse”	42
Del dolor al empoderamiento y de la individuación a la colectivización	47

CAPÍTULO IV

MEDIO AMBIENTE, PRODUCCIÓN AGRÍCOLA, MIGRACIÓN: LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DEL ESPACIO QUE HABITAN LAS MUJERES EN “IN-MOVILIDAD”	55
--	----

Sobre la relación entre migración, producción agrícola y medio ambiente	56
Sobre la construcción social del espacio que habitan las mujeres no migrantes. La cartografía social como herramienta	66

CAPÍTULO V

CONSIDERACIONES FINALES.

GÉNERO, MIGRACIÓN Y AMBIENTE: ENTRE LA ESTRUCTURA Y LA EXPERIENCIA COTIDIANA	73
---	-----------

Bibliografía	77
---------------------	-----------

AGRADECIMIENTOS

Agradezco este trabajo de manera especial a las grandiosas mujeres con quienes compartí en el cantón Cañar, que con su experiencia y su inmenso conocimiento posibilitaron esta investigación, pero además han enriquecido mi vida y me han mostrado el sentido y la importancia de la sororidad. Al Comité de Defensa de la Subcuenca del Río Bulu Bulu y su Presidenta Nube Calle; al consorcio SENDAS-CEDIR, particularmente a Víctor Idrovo; a la Organización Agroecológica Chullay Mikuna, y al Municipio del Cantón Cañar.

También a las compañeras, maestras y amigas del grupo de investigaciones de migraciones de FLACSO: Gioconda, Patricia y Yoli, quienes desde su conocimiento académico, y sobre todo desde su inmensa sensibilidad y compromiso, me han brindado un aporte fundamental, permanente y paciente para este trabajo.

RESUMEN

Este trabajo de investigación busca comprender cómo los procesos migratorios en el Cantón Cañar son vividos por las mujeres que no han emigrado. Así mismo, describe cómo esa experiencia migratoria de “quedare”, sumado a fenómenos histórico-estructurales como la división sexual del trabajo y la problemática ambiental de la zona, configuran formas particulares de relacionarse y concebir el espacio habitado. Se entiende el espacio como una construcción social o una serie de representaciones en constante transformación y disputa.

Son las mujeres campesinas, que viven el proceso migratorio “permaneciendo” en la localidad, el sujeto de este estudio; así como su relación con las organizaciones políticas, el cuidado ambiental, y sus arreglos familiares y sociales en la comunidad.

La temática se aborda desde una perspectiva estructural en que la migración, las relaciones de género y los problemas ambientales son vistos como fenómenos que corresponden a una economía política global, que genera condiciones específicas de desigualdad y producción de territorios en los que las distintas exclusiones se entrecruzan de forma específica.

De manera sucinta, esta investigación analiza la relación que se establece entre la experiencia migratoria del “quedarse”, el género desde una perspectiva relacional y el ambiente cómo construcción social fruto, entre otras cosas, de los dos fenómenos anteriores. Para ello se ha utilizado como principal herramienta la observación participante y la aplicación de cartografía social, en que las mismas mujeres presentan y describen el lugar habitado,

CAPÍTULO I

EJES CONCEPTUALES Y METODOLÓGICOS: FEMINISMOS AMBIENTALES, MIGRACIÓN Y ECONOMÍA POLÍTICA

Introducción

Las profundas inequidades del sistema mundial convierten espacios del planeta en lugares de “desposesión” frente a otros de “prosperidad” y acumulación; aquellos lugares están habitados por personas cuyas formas y posibilidades de vivir son diferentes de acuerdo al sitio que ocupan en esa estructura: hombres, mujeres, migrantes, no migrantes, indios, campesinos, ciudadanos, asalariados, pobres, etc.

La distribución global de los recursos y del trabajo la vivimos en los cuerpos y se concreta en el espacio que habitamos; no se trata únicamente de números ni de cifras que gravitan en el aire, sino de cuerpos que luchan desde su lugar de origen o en otros espacios del mundo, en calidad de “inmóviles” o en movilidad hacia los sitios de poder y riqueza.

Esta investigación quiere mirar un fragmento de esa gran estructura global: las mujeres no migrantes, su experiencia migratoria en el quedarse, y con ello la relación y la construcción del lugar que habitan en calidad de mujeres y campesinas, en “inmovilidad”.

Para eso, este trabajo parte de aceptar que la migración es un asunto de economía política que condiciona la partida, la trayectoria y la llegada, pero además determina la obligatoriedad de permanecer o de no migrar; se parte, además, de que existe una distribución sexual del trabajo que hace distinciones entre mujeres y hombres. Así también, de que el medio ambiente, su apropiación y control está cruzado por la economía política global y por diferencias de género, que hacen que hombres y mujeres tengan diferentes accesos y responsabilidades frente a él en el mundo entero y en localidades como el cantón Cañar, escenario de esta investigación.

Se han hecho varios estudios de migración en el país en general, particularmente en la zona austral en que se ubica el cantón Cañar, una de las temáticas más frecuentes ha sido el impacto de la migración en la familia, en niños/as y jóvenes, revisando las aparentes repercusiones en su rendimiento escolar y su inserción social (Escobar García, 2008 Camacho y Hernández, 2009). Encontramos, además, investigaciones alrededor de la familia y las relaciones de género (Pribilsky, 2007; Camacho y Hernández, 2009).

Por otro lado, se han hecho investigaciones sobre el impacto de las remesas, su importancia en las economías familiares y locales (Acosta, 2006; Acuña de Nájera, 2004). Así mismo, se han mencionado las trayectorias migratorias: motivaciones, temporalidad, destinos, etc. y la incidencia de las redes migratorias en dichos procesos (Ramírez, 2005; Pedone, 2006; Herrera, 2008).

En el caso específico del cantón Cañar, hallamos investigaciones alrededor de la temática migración y ruralidad (Martínez, 2005), quien analiza el mercado de trabajo para el caso de la organización Tucayta, remarcando que el minifundismo y la poca competitividad del sector han estimulado los procesos de migración internacional y, con ello, el abandono del campo así como la desarticulación y desconexión de las familias con miembros migrantes de sus comunidades, todo lo cual afectaría directamente las formas de organización y los sistemas de solidaridad tradicionales.

En este mismo camino (Jokisc y Kyle, 2005) realizan un estudio comparativo entre los años 1993 y 2003 de los emigrantes azuayos y cañarejos hacia Estados Unidos. En 1993 se evidencia que la mayoría de personas habían salido a través del coyoterismo, mientras que en 2003 se pondera la importancia de las redes y de los medios de comunicación en el proceso. Estos autores aluden a la forma en que la localidad se ha ido transformando en lo que denominan un paisaje peri-urbano de propiedad cultivada, es decir, la construcción de grandes y suntuosas viviendas en medio de cultivos mixtos (Jokisch y Pribilsky, 2005).

En este caso, al igual que en el trabajo de Luciano Martínez se muestra cómo las remesas traen consigo nuevas prácticas productivas y de consumo, se destinan primeramente a gastos del hogar y a gastos suntuarios como dichas viviendas, pero muy poco a la agricultura o inversiones productivas (Martínez, 2005).

Otros estudios (Caguana, 2008; Vaillant, 2008) hacen por separado un análisis económico con base en la unidad económica familiar: Caguana se centra en la comunidad de Sisid y Vaillant se refiere a la zona de Hatun Cañar, ambas localidades ubicadas en la zona alta del cantón Cañar. En estos casos, a groso modo, se constata que aún las familias con un nivel económico medio, buena producción ganadera y un acceso mayor de tierras, tienen niveles de ingreso bastante menores que aquellas que sin tener esa producción y, con extensiones reducidas de tierra, cuentan con remesas de algún miembro familiar migrante, lo que marca una diferencia importante, más aún con aquellas familias en que la iniciativa migratoria ha fallado.

Al ser Cañar un espacio rural-indígena, encontramos investigaciones respecto de la identidad y el territorio, como el trabajo etnográfico de Alicia Torres (2009), cuya hipótesis es que los kichwas Kañaris recrean su espacio como lugar de identidad étnica. Es decir, su identidad, y con ella su espacio, están en constante construcción, asunto que se pone en tensión en el escenario de la intensa migración, que hace que la identidad deba pensarse y recrearse transnacionalmente.

En general, los autores que han trabajado el caso de Cañar reconocen que existe una importante movilidad interna sobre todo hacia la costa, incluso antes de la emigración internacional que, como muestra Torres, se inicia a mediados del siglo pasado con la primera reforma agraria. Con ello hay también una diversificación histórica de las actividades productivas familiares, una de las cuales constituye actualmente la migración internacional.

Pese a la diversificación de las actividades económicas y los profundos procesos de movilidad, todos los autores convergen en reconocer que Cañar es un “paisaje económico sumamente agrario” (Vaillant, 2008). Así mismo, “la agricultura de subsistencia siguió siendo económica y culturalmente importante para quienes permanecieron en el país, especialmente para las mujeres” (Jokisch y Kyle, 2005).

Es así que, como en todos los trabajos citados, la migración en el cantón Cañar es un proceso mayoritariamente emprendido por jóvenes hombres con un nivel medio de educación. En este sentido, “el mayor acceso de los hombres a oportunidades laborales –locales o internacionales– configura una clara división sexual del trabajo: una actividad agropecuaria en la finca con rostro eminentemente femenino, combinada con actividades extra prediales y no agropecuarias realizadas por los hombres” (Vaillant, 2008).

La feminización de la localidad incide en la forma del espacio, en ese sentido, tomamos de Alicia Torres la noción de territorio como un elemento en constante construcción social y política, mas no como algo dado de antemano: “El espacio necesariamente pasa por un proceso de apropiación por quienes lo habitan, lo explican, lo viven y al hacerlo están cualificando ese espacio, están transformando el espacio en un lugar” (Torres, 2009).

De esta forma, la movilidad genera muchas situaciones que no se pueden fácilmente calificar de “positivas” o “perjudiciales” para la localidad como lo han hecho los demás autores citados, sino que forman nuevos insumos materiales y simbólicos para esta construcción constante del espacio a analizar en este trabajo.

Por otro lado, la preeminencia de la actividad agrícola en el cantón Cañar, a pesar de que en términos económico-laborales no es una actividad representativa como muestra Martínez (2005), sumado a los históricos procesos migratorios, implica posiblemente una forma particular de la población cañareja de relacionarse con el medio ambiente. En este sentido, hay que tomar en cuenta la precisión hecha por Ocampo y Rosas-Landa (1990) de que la migración no es sólo un fenómeno económico, político y cultural, sino que tiene además un componente esencial que no ha sido reflexionado en su complejidad: la relación entre devastación ambiental y los procesos migratorios, tanto en el lugar de salida, en el trayecto, el lugar de llegada y el posible retorno de los migrantes. Efectivamente los procesos migratorios en el cantón parecen estar vinculados con la degradación de las condiciones ambientales locales de producción y reproducción. Estas pueden ser: sequías, desertificación, desaparición o contaminación de sistemas hidrográficos, pérdida de ecosistemas completos, culturas, lenguas, saberes tradicionales, locales y ambientales, entre otros.

Es importante mencionar que la relación migración-medio ambiente funciona de ida y vuelta, por una parte el deterioro ambiental que incluye un componente social, crea condiciones de expulsión de población en calidad de emigrantes, pero también la movilidad trae consigo formas específicas de incidencia en el ambiente, vinculadas a nuevas prácticas de producción y consumo que quienes emigran adaptan de formas diversas y a veces ambientalmente insostenibles a su espacio de origen. Esto puede verse exacerbado en tipos de migración campo ciudad, ya sea nacional o internacionalmente.

Un ejemplo de esta situación es la implementación de proyectos productivos no armónicos con el ambiente, como ganado y cultivos intensivos estimulados entre otros muchos factores por la migración, además de patrones de consumo que generan mayor desperdicio y que no se adaptan necesariamente al medio, así como consumos suntuarios como ocurre con la construcción de enormes viviendas que en muchos casos permanecen subutilizadas o abandonadas.

Actualmente hay una serie de problemas ambientales en el cantón; para analizarlos, hay que recordar en primera instancia que Cañar proviene de regímenes de hacienda, que como bien es sabido constituyeron una estructura desigual de distribución de la tierra y una forma de producción basada en la explotación del campesinado y del medio.

Con las reformas agrarias de 1964 y 1973 se configuró un escenario donde las familias campesinas tienen un acceso diferenciado a los distintos pisos agro-ecológicos y a la tierra, hablamos de una serie de minifundios ubicados en zonas poco aptas para la agricultura, con acceso limitado a insumos ambientales y productivos, sumado a una competitividad limitada en el mercado (Torres, 2009).

A esto deben añadirse los factores medioambientales que han afectado sistemáticamente la estabilidad de los ecosistemas de la zona, sobre todo alrededor del agua, cuyas fuentes son el páramo en la zona alta y el bosque nublado en la zona baja; ambos ecosistemas han sido afectados fuertemente, en el primer caso por el avance de la frontera agrícola y en el segundo por la intensa deforestación. Adicionalmente se registra un crecimiento considerable de la ganadería extensiva, lo que altera profundamente la cobertura vegetal y repercute directamente en la provisión de agua (García, 2010).

De acuerdo con diagnósticos ambientales realizados en el cantón, existe además un fuerte impacto del cambio climático que desregula las precipitaciones e impide a los productores hacer previsiones sobre el clima y, por tanto, sobre la producción agrícola, impulsándolos a invertir con mayor fuerza en ganado o a trasladarse a otros sitios donde puedan trabajar (García, 2010).

Bajo estas circunstancias, aparentemente son las mujeres las que ya sea por procesos históricos, la división sexual del trabajo o la forma en que se ha dado la migración en la zona se quedan más frecuentemente vinculadas al campo y a la producción agrícola, pues la migración en la provincia es mayoritariamente masculina, especialmente en áreas rurales, en que el 4% de niñas y niños entre 0 y 17 años de edad tienen a su madre residiendo en el hemisferio norte, frente a un 14% de los padres (ODNA, 2008).

Así, como se evidencia en los trabajos de Martínez (2005), Jokisc y Kyle (2005) y Caguana (2008), generalmente las mujeres se vinculan de manera más constante con la actividad agrícola de autoconsumo. Esta realidad se plasma no sólo en los tipos de actividad y prioridades que viven mujeres y hombres, sino que constituye formas de comprender y relacionarse con el entorno.

En última instancia, lo que se quiere mirar es cómo esta migración diferenciada entre hombres y mujeres, la división sexual del trabajo y el desequilibrio ambiental fruto de una relación circular entre migración y deterioro ambiental constituye una

forma de relacionarse y concebir el espacio o territorio entre las mujeres que “se quedan”.

Encontramos que existe una relación de doble vía entre la migración y el deterioro ambiental (relación real pero no exclusiva), en que los problemas ambientales generan que los hombres se trasladen a otros sitios ya sea regional o transnacionalmente, pero así mismo esa movilidad produce cambios concretos en el espacio que afectan el equilibrio ambiental por la introducción de otras lógicas productivas y de consumo probablemente más depredadoras. En esa dinámica, las mujeres permanecen mayor tiempo en la localidad, lo que hace que tengan una relación particular con el territorio-medio ambiente, generando procesos de cuidado y defensa del mismo en algunos casos.

Así, esta investigación busca analizar cómo son las experiencias migratorias del “quedarse” y cómo inciden en las relaciones de género en la localidad y en los procesos organizativos de las mujeres. Con ello, hacer una aproximación a la manera como influye dicha experiencia migratoria en la representación del espacio que construyen las mujeres que se han quedado.

Estas preguntas se plantean bajo la aceptación de que tanto “quedarse”, “permanecer” o estar “in-movil”; como “irse” o “movilizarse” responden a un proceso migratorio común que coloca a las personas en esas posiciones de acuerdo a distintos accesos y estructuras; la una es coexistente con la otra y forman parte del proceso migratorio en su totalidad. Así mismo, la situación de ser quién se quede o quién emigre, está trastocada por otros elementos propios de la globalización que ha hecho del espacio una categoría más flexible, es así que se denota la presencia constante de los ausentes en la zona, a través de las comunicaciones pero también, en muchos casos, a través de las mismas personas que se quedan que les sirven de interlocutoras.

Ejes conceptuales

En este apartado se presentan algunos ejes conceptuales que me permitirán sostener los objetivos de esta investigación; para ello, en un primer momento se abordará la relación ambiente-género tomando en consideración algunos aspectos del ecofeminismo, pero principalmente de la ecología política feminista y algunos insumos de Donna Haraway. La finalidad es tener una mirada que permita entrelazar las relaciones de clase y étnica

con las de género en el plano del ambiente, que en este estudio está concebida como una construcción social en constante disputa.

En un segundo momento se desarrollan algunos aspectos de la relación género-migración, particularmente desde la crítica feminista al concepto de “unidad doméstica familiar” que ha sido una categoría muy usada en las teorías de las migraciones, incluso en el caso de esta investigación, en donde los procesos migratorios han sido vistos como una estrategia de reproducción familiar. De cualquier forma, se quiere mostrar cómo las migraciones inciden en las relaciones de género intrafamiliares y a nivel comunitario de manera importante pero no exclusiva, sino que se conectan con otros procesos de transformación social y coyunturas específicas.

Finalmente, se analiza la relación entre ambiente y migración sobre la base de la corriente de los estudios de migración de la economía política, donde es vista como un fenómeno estructural que se ancla a un proceso de desigualdad global en que se generan espacios muchas veces sobrepuestos de desarrollo y de exclusión que influyen directamente en la “movilidad” o en la “in-movilidad” de las personas. Una vez más, esta mirada permite integrar las categorías de clase, etnia y género como transversales a este sistema mundo que determina los modos y los espacios de migración; un mundo en que el acceso, propiedad y uso de recursos naturales y económicos son cruciales.

Si bien estas teorías en gran medida analizan temas estructurales tales como la inequidad global, propia de un sistema capitalista que regula el acceso a recursos naturales y económicos, la posibilidad o no de movilizarse, la división internacional y sexual del trabajo, se trata de mirar cómo esas problemáticas estructurales se hacen carne en la experiencia de las mujeres que viven la migración desde la “in-movilidad”, su relación con la naturaleza y con su localidad. Esto se hace posible por medio de una lectura feminista que encuentra importante vincular el conocimiento académico con el de la experiencia.

1. Género y ambiente: del ecofeminismo al cyborg

Una de las corrientes teóricas acerca de la relación entre género y ambiente es el ecofeminismo. Juntar la ecología con el feminismo significa entender la existencia humana como un todo interconectado e interdependiente entre la naturaleza y la humanidad, entre lo mundano y lo sagrado, entre el cuerpo y el conocimiento. Los sistemas capitalistas y los patriarcales están entrelazados y fragmentan la existencia, con

ello justifican la dominación y explotación sobre la naturaleza y sobre las mujeres usando herramientas como la ciencia y la tecnología (Mies y Siva, 1998).

En este sentido, un concepto relevante que brinda el ecofeminismo y que interesa considerar en este estudio es la relevancia que otorga a la experiencia como fuente de aprendizaje, experiencia basada en prácticas cotidianas con la naturaleza y los demás seres, lo que configura una forma de aprender con el cuerpo como un todo, reconociendo además la validez de dicho saber como cualquier otro. En efecto, uno de los aportes más importantes del feminismo en general y del ecofeminismo en particular, ha sido poner en cuestión el saber científico que se ha presentado como verdadero, abstracto y universal, configurándose así como un discurso de poder que legitima y reproduce un orden patriarcal del mundo en la negación de otros conocimiento (Left, 2004).

Esta corriente entiende que la dominación simultánea de la naturaleza y de las mujeres responde a procesos coloniales, y se corresponde con acontecimientos históricos que tienen una cara étnica y geopolítica específica. Así, la separación histórica entre el mundo social y natural ha sido parte de un proceso de dominación del medio ambiente y de otros seres humanos, el mismo que tiene su origen en la llamada “época de los descubrimientos” y dura a lo largo de todo el colonialismo mundial; durante este período, la conquista de nuevas tierras en beneficio de las élites de las metrópolis colonizadoras, se vio favorecida por la justificación ideológica de que lo social debe imponerse a lo natural y por ende que ciertos pueblos y ciertos seres deben dominar a los otros (Aledo y Domínguez, 2001).

Esta separación entre naturaleza y cultura es parte de una estructura socioeconómica y política basada en una forma de conocer androcéntrica, jerárquica, que fragmenta y divide al ser individual, a la sociedad, la naturaleza y el cosmos. La explotación de la naturaleza y la opresión de las mujeres son procesos históricamente paralelos, puesto que ambos condensan una lógica de la dominación que justifica la subordinación y hegemonía sobre el elemento que ha quedado “abajo” –mujeres, naturaleza– por el que ha quedado “arriba” –hombres, cultura– en virtud de su estatus privilegiado (Warren, 1996).

Sin embargo, es necesario recuperar el carácter social e históricamente construido de la relación género y ambiente, teniendo presente que si existen diferencias en las relaciones, concretas y simbólicas, que hombres y mujeres mantienen con la

naturaleza, éstas son fruto de la construcción social que se ha hecho del género y de la naturaleza.

En este sentido, es necesario cuestionar la mirada esencialista que el ecofeminismo hace de las mujeres, haciéndolas parecer como naturalmente aptas para mantener una relación más armónica y respetuosa con la naturaleza, frente a una masculinidad que ha priorizado la racionalidad económica y la violencia como estrategia civilizatoria.

A esto se debe sumar el peligro que corre el ecofeminismo de invisibilizar ciertas realidades particulares, que efectivamente se dan con frecuencia, en que las mujeres también participan de la depredación ambiental como estrategia de sobrevivencia de sus familias.

Así mismo, hay que discutir las nociones sobre la condición de “mujer”: en el ecofeminismo aparece como un sujeto único, cuya posibilidad innata de engendrar vida le coloca en un sitio privilegiado para entender y proteger la naturaleza. Este principio lleva a la idea de que las mujeres aparezcan como las llamadas a salvar a la humanidad de un sistema irracional y depredador, colocando en ellas –sobre todo campesinas e indígenas– el gran peso de la transformación social.

La ecología política feminista brinda una entrada menos naturalista, pues entiende que las diferencias en la relación de hombres y mujeres con la naturaleza está dada en realidad por estructuras económicas y políticas y no tanto por explicaciones esenciales:

Existen diferencias de género reales, y no imaginadas, en las experiencias de la “naturaleza”, en las responsabilidades y los intereses relacionados con ella y con los ambientes, pero creemos que estas diferencias no tienen sus raíces per se en la biología. Más bien, pensamos que se derivan de la interpretación social de la biología y de las construcciones sociales del género, que varían dependiendo de la cultura, la clase, la raza y el lugar, y que se encuentran sujetas al cambio individual y social (Rocheleau, Thomas-Slayter y Wangari, 2004: 343),

cambios que podrían estar dados en este caso por los procesos migratorios.

La ecología política ha evidenciado cómo se han configurado relaciones de poder desiguales alrededor de la toma de decisiones sobre el medio ambiente, de acuerdo a contextos específicos económicos y sociales, que permiten controlar ciertos recursos y personas en detrimento de otros sectores de la población. Esta estructura además de delimitar un acceso inequitativo a los recursos naturales y la reproducción de

clases sociales, determina también las prácticas ambientales de las personas y los tipos de producción y consumos que hacen.

Pero además existe una construcción social del género que, sumado a lo anterior, define:

Los derechos y responsabilidades ambientales, incluyendo la propiedad, recursos, espacio y todas las variaciones de los derechos legales y consuetudinarios. Podemos hablar de decretos y formas de control, dependientes del género, sobre las cosas, los procesos, la dirección y el impacto de los cambios ambientales, además de la distribución de dichos impactos (Rocheleau, Thomas-Slayter y Wangari, 2004: 345).

Así, hay una distribución por clase y por género alrededor de la naturaleza, del acceso a ella, su apropiación, su producción, su distribución, su riqueza y por supuesto su cuidado. Pero no se debe olvidar que existe un impacto desigual de su deterioro, frente a los cuales son los sectores del mundo más empobrecidos y en ellos, las mujeres las que sufren los daños ambientales con mayor fuerza. Este fenómeno se exagera en contextos en que el campo se halla en procesos de feminización, debido a la migración masculina como ocurre en el caso estudiado.

Esta evidente relación diferencial en el acceso a tierras y recursos naturales como el agua, sea por tradición o por mecanismos consuetudinarios, y las desiguales tareas sobre el cuidado de animales, cultivos y familia, generan distintas prioridades, representaciones, prácticas y vinculaciones políticas respecto del ambiente entre hombres y mujeres. En ese sentido, Rocheleau (2004) muestra precisamente cómo las luchas por el cuidado ambiental han tomado un rostro bastante femenino en los últimos años, particularmente en el caso latinoamericano.

Todo esto, en su conjunto, configura territorios diferentes o geografías de género, entendiendo el territorio como “el valor que la sociedad atribuye al lugar, lo que constituye la base de la ubicación de ese lugar. El lugar tiene también, y sobre todo, un sentido, representado por las interacciones tejidas por las personas en sus espacios de vida, a través de la historia de la cultura de las sociedades”, pues la esencia del espacio es social, y lo social está en constante construcción (Mazurek, 2006).

Partiendo precisamente de la idea de que ese espacio de distribución desigual de los recursos y de las luchas es un espacio construido, la propuesta de Haraway sobre el sujeto cyborg nos aporta en cuanto busca trascender la construcción biológica del

espacio, la naturaleza y el ser humano, mostrando que ésta sería un híbrido sin género ni génesis ni fin, sobre todo en momentos históricos como el nuestro, en que la frontera entre lo “real” y lo “construido” se ven borrosas.

El *Manifiesto Cyborg* expresa cómo, en efecto, somos híbridos, y desde la postmodernidad también mutantes entre lo animal y la máquina, con lo que no existe un “origen” y tampoco un destino asociado a “lo humano” y mucho menos a lo femenino y/o masculino, pues es legitimando el origen como se entiende la dominación de las mujeres y de la naturaleza. Sin origen, sin matriz, la dominación no tiene sentido.

En este feminismo radical se pone de manifiesto la importancia de la “frontera” y de lo “múltiple” a la hora de entender no ya sujetos únicos, sino subjetividades. Desaparece además lo público y lo privado, “la naturaleza y la cultura son remodeladas y la primera ya no puede ser un recurso dispuesto a ser apropiado e incorporado por la segunda” (Haraway, 1984: 4)

Un cyborg es un organismo cibernético, un híbrido de máquina y organismo, una criatura de realidad social y también de ficción (...) La realidad social son nuestras relaciones sociales vividas, nuestra construcción política más importante, un mundo cambiante de ficción (...) La cienciaficción contemporánea está llena de cyborgs-criaturas que son simultáneamente animal y máquina, que viven en mundos ambiguamente naturales y artificiales” (Haraway, 1984: 2)

No hay fronteras reales entre lo animal y lo humano, ni entre lo orgánico y las máquinas, el cyborg es justamente la muestra de la inexistencia de esas fronteras, es la transgresión, la vivencia en la confusión de los límites de la matriz de occidente: naturaleza y cultura, hombre y mujer, lo orgánico y la máquina. Esta transgresión es una posición política urgente pero ni apática, ni neutra, ni desencantada; se trata de “fusiones poderosas y de posibilidades peligrosas que gentes progresistas pueden explorar cómo parte de un necesario trabajo político” (Haraway, 1984: 7)

Estas tres corrientes teóricas que abordan género y ambiente: ecofeminismo, ecología política feminista, y postmodernismo cyborg nos permiten para el caso de estudio, en primer lugar, partir del conocimiento de la experiencia y revaloriza las prácticas femeninas alrededor del cuidado y la reproducción que de acuerdo a Bakker y Gill (2003), se relacionan con varias labores vitales para la existencia humana como lo estrictamente biológico: concepción y cuidado, la reproducción de prácticas de bienestar: educación, salud, etc., y la reproducción de fuerza de trabajo. Ello coloca a las mujeres en un lugar no solo de subordinación sino de posibles resistencias.

En segundo lugar, la ecología política feminista nos ayuda a ubicar las inequidades de género frente al ambiente como un constructo socio-histórico que, por tanto, está sujeto a modificaciones y a circunstancias específicas de cada localidad; analiza además cómo el sistema patriarcal

determina en gran medida las prácticas de acceso, uso, propiedad y control de los recursos. A su vez, esta perspectiva sitúa las relaciones de género en el contexto concreto de países y regiones, teniendo en cuenta la economía política del actual escenario del desarrollo, la manera en que este influye sobre el sistema de género y el medio ambiente, y otorgando especial interés al hecho que los efectos negativos del deterioro ambiental recaen preponderantemente sobre las mujeres pobres (Rico, 1998: 26).

Las formas de distribución de beneficios y responsabilidades en la relación de las personas con el medio ambiente, así como las estrategias de resistencia, estarían condicionadas por el sistema patriarcal que se ha construido y adaptado de manera específica para cada caso.

Finalmente, la perspectiva postmoderna de Haraway sobre el cyborg ayuda a comprender cómo, efectivamente, el espacio y la naturaleza son construcciones dadas por esas prácticas y por esas condiciones socio-históricas reproducidas y mantenidas por las personas y la sociedad en su conjunto. Esta teoría brinda la posibilidad de pasar tajantemente del quiebre que hizo la modernidad entre naturaleza y cultura, entre privado y público y, por tanto, entre reproductivo y productivo. Así mismo frena no solamente la visión esencialista del sujeto mujer, sino también de la naturaleza, ambos constructos en constante cambio y disputa. Con ello podremos ver cómo esas subjetividades (mujeres determinadas en gran medida por una historia de migraciones entre otras cosas) construyen una idea y práctica del lugar y de la naturaleza, rompiendo a su vez con las dicotomías, y poniendo en evidencia que el género es un tema relacional.

2. El género en la migración

Varias autoras coinciden en que el género ha sido una categoría conceptual marginalizada en los estudios de la migración desde su inicio y durante gran parte de su desarrollo (Gregorio Gil, 2004; Herrera, 2011; Malher y Pessar, 2006). Así mismo, su inclusión y más aún su apuesta por ser considerada una categoría estructural en los

estudios de migración internacional no ha sido fácil, pues la academia ha usado varias estrategias para marginalizar al género de los estudios de la migración, unos disciplinarios, otros metodológicos y otros ideológicos (Malher y Pessar, 2006).

De acuerdo con Carmen Gregorio Gil (2004), el tratamiento que ha recibido el género en los estudios sobre migración a lo largo del tiempo muestra tres tendencias. La primera se encuentra en las *Teoría de la modernización* que entiende las migraciones en la dinámica del *push-pull*, en que se hace una separación entre origen y destino, un origen que presenta condiciones de expulsión, frente a un destino que atrae a los migrantes en su condición de “moderno”; con una visión colonial, el destino es concebido como un lugar de equilibrio y “avance” en contraposición al “tradicional” origen. En este escenario, la migración de las mujeres es vista como un hecho vinculado con la migración de los hombres, es decir que las mujeres son acompañantes en un proyecto migratorio de carácter masculino.

Las críticas alrededor de esta tendencia en los estudios de la migración giraron en torno a la poca visibilidad de las mujeres, sus historias, trayectorias y situaciones particulares. Pese a ello, Gregorio apunta que en estas críticas aún se sitúa a la migración femenina como consecuencia de problemas familiares particularmente, y la masculina vinculada a factores socioeconómicos, lo que muestra el clásico binario, público-privado, siendo que la migración precisamente pone en evidencia lo artificioso de esta separación.

Luego, desde una perspectiva más estructural, encontramos la *Teoría de la dependencia* en donde la causa de las migraciones son las desigualdades propias del sistema capitalista; de esta forma, la migración se produce desde las periferias hacia los centros. La migración no solamente es efecto de estas desigualdades estructurales sino que las alimenta y las reproduce perpetuándolas en el tiempo.

Las mujeres migrantes son vistas en esta teoría como mano de obra que ocupa nichos laborales dejadas por aquellas mujeres “emancipadas” del primer mundo, sin embargo, la autora sugiere que pese a lo asertivo de esta corriente del pensamiento, esta sigue privilegiando la clase y por tanto relegando el particular conocimiento del género en los procesos migratorios.

Por último, en la *Teoría de la asimilación* se busca integrar las dos corrientes anteriores, aparece el concepto de “unidad familiar” en que la migración se entiende como una estrategia más de subsistencia del conjunto de dicha unidad, centrandó el análisis en la sociedad de origen. Adicionalmente esta teoría pone en evidencia las

relaciones de poder al interior de la unidad familiar, por supuesto ligadas a relaciones de género.

Por otra parte, Herrera (2011) hace un recorrido de los estudios de migración en el caso latinoamericano, muestra que los primeros estudios en la región se desarrollan en función a los procesos de migración interna durante las décadas de los años 70 y 80. Estos estudios usaron la perspectiva de la modernización descrita anteriormente, en que el migrante se desplaza del campo a la ciudad; pero también emplearon perspectivas críticas marxistas que analizaron como el campesinado se transformaba en proletariado o fuerza de trabajo precarizado en las grandes ciudades.

En el caso latinoamericano, es dentro de los estudios de migración campo-ciudad donde se pone como principal objeto a la “unidad familiar”, la que por la necesidad de garantizar su reproducción debe consolidar procesos migratorios con un objetivo principalmente económico. En esta perspectiva, el trabajo femenino aparece como elemental para reproducir esa unidad, pero sobre todo, las mujeres son consideradas sujetos pasivos portadoras de la cultura y los valores del lugar de origen (Herrera, 2011).

La “unidad doméstica familiar” no es una categoría de fácil definición, como se ha visto es una herencia de los estudios sobre la ruralidad y en principio tiene dos elementos que la determinan: sus miembros y la tierra que les permite o no reproducirse en el lugar de origen (Chayanov, 1974). Sin embargo, otros autores (Cohen, 2004) añaden que además se define por la organización de género y su estado en los ciclos de desarrollo de un espacio específico (Pérez, 2010).

Uno de los vacíos que se ha tenido respecto de la “unidad doméstica familiar” ha sido el pensar que la división de las tareas están dadas por las condiciones económicas de la sociedad, sin poner en evidencia las formas y el origen de la división del trabajo dentro y fuera de dicha unidad; origen que estaría determinado por un orden de género que crea relaciones de opresión entre sus miembros y se sustentaría en una distribución desigual de tareas y beneficios.

La “unidad doméstica familiar”, así como las redes y los distintos conceptos trabajados en los primeros estudios de migración interna en América Latina, volverán a ser usados para analizar las migraciones internacionales durante los años 1990 y 2000. Para el género, los estudios de esta época implicaron una mayor valoración del trabajo de las mujeres y el reconocimiento de cambios importantes en la organización social (Herrera, 2011).

Sin embargo, pensar únicamente desde la “unidad doméstica familiar” como elemento de análisis implica no evidenciar con la profundidad que merecen los factores externos y estructurales que no solamente determinan la organización de dicha unidad, y sus estrategias de reproducción, sino los términos de su propia existencia; de ahí la importancia de abordar los procesos migratorios transversalizando las relaciones de género que en ella cruzan.

Siguiendo con lo anterior, pensar en términos de unidad familiar implica seguir pensando a las mujeres como naturalmente asociadas a la familia y al cuidado; esto vuelve invisible la agencia de las mujeres a lo largo de los procesos de movilidad e inmovilidad, es importante ir más allá del interés de sobrevivencia familiar como único motor de la migración.

Además la “unidad doméstica familiar”, así como sus miembros se hallan no solo vinculados a un espacio local, es decir, no actúan directamente en función de su existencia en lo rural, sino que han desarrollado una existencia transnacional en muchos casos, y hay que partir de que “la globalización de la economía no actúa separada de los sistemas de creación de desigualdades de género” (CEPAL, 2006: 259).

Precisamente, otro de los momentos analizado por Herrera (2011) respecto de los estudios de migración y género en Latinoamérica, alude al vínculo que se establece entre las mujeres y la economía global. Este *boom* de estudios se desarrolla en la coyuntura de la feminización de las migraciones internacionales, y se orientó en gran medida a analizar los itinerarios y la inserción laboral de las mujeres en los lugares de destino, así como los impactos de la migración femenina en los lugares de origen.

Uno de los principales aportes de estos estudios consistió justamente en relativizar los factores que impulsan la migración, dejando de lado la clásica mirada economicista, y resaltando que la decisión de migrar entre las mujeres muchas veces se da por otras motivaciones como la discriminación y la violencia. Esta mirada rompe con la idea de que la migración es exclusivamente efecto de una decisión familiar o de la necesidad de mantener la unidad doméstica familiar.

Pensar en la globalización es recurrir además a la organización global-transnacional del cuidado, en ese sentido Herrera y Carrillo (2009) nos muestran en el caso ecuatoriano, cómo la migración femenina ha significado un factor más de esas cambiantes estructuras familiares alrededor del cuidado que garantiza la reproducción material pero también emocional de las personas. Así, para abordar este tema es necesario entender, de acuerdo con las autoras, que existen múltiples acuerdos

familiares, que la institución de la familia es cambiante y que las coyunturas específicas como la misma migración pueden ser catalizadores de cambios que ya se están dando en un territorio determinado; así hay una relación dialéctica entre la norma y/o pautas culturales y el cambio y/o situaciones coyunturales.

Siguiendo esta línea aparecen otro conjunto de trabajos en América Latina alrededor de la “familia transnacional”, que permite articular los que se van con los que se quedan, el origen y el destino. Estos estudios de alguna forma rompen con algunos preceptos de la familia tradicional nuclear, sin embargo excluye de su marco de análisis a las familias que no se recrean y a otros miembros de la familia como niños y abuelos. (Herrera, 2011).

En el contexto actual y en términos generales, para analizar los procesos migratorios y el género, hace falta considerar que se está frente a “relaciones de poder que se dan en el marco de múltiples diversidades. Divisiones de clase, raza, extranjería, nacionalidad, cultura, inmigración y sexualidad emergen imbricadas, transformando de esta forma los significados de género” (Gregorio, 2002: 19).

Precisamente, para entender los distintos cruces y la complejidad que envuelve al género y la migración, Malher y Pessar (2006) muestran un modelo denominado “*gendered geographies of power*”, que permite un análisis capaz de desplazarse en múltiples niveles, con el fin de mapear las circunstancias históricamente particulares con que un grupo vive procesos migratorios.

El marco conceptual del “*gendered geographies of power*” cuenta con tres elementos a considerar en los estudios de migración y género, que además son muy útiles para el tipo de análisis como el de este trabajo. En primera instancia se encuentran las escalas geográficas, que son variadas y que muchas veces están sobrepuestas, y oscilan entre el cuerpo, la familia, el Estado, entre otros. El segundo elemento de análisis alude a la “ubicación social”, en la que se identifica la localización de un sujeto en las estructuras sociales, es decir, de qué forma las personas están sujetas por el poder, pero también de qué manera los mismos sujetos ejercen poder. El último elemento de este marco de análisis son los “tipos o grados de agencia” que se refieren ya no a la forma sino a la geometría del poder, es decir, cómo las personas se mueven en las distintas escalas y estructuras de poder, qué herramientas y prioridades usan para no ser únicamente condicionados por las estructuras sociales, sino agente que también las modifican.

Este tipo de análisis hecho en el trabajo de Malher y Pessar (2006 y 2009), permite colocar al género como una categoría estructurante y no solamente una variable más de los estudios de migración. Esto implica ir más allá del género entendido como diferencias de sexo, y entenderlo como un tema relacional que se vincula con una serie de elementos histórico-estructurales, y con la forma en que cada grupo humano lo recrea.

De acuerdo a las autoras, es la etnografía la que ha permitido colocar al género en calidad de categoría conceptual estructural en los estudios de la migración internacional, precisamente porque la etnografía ha logrado entenderlo en su complejidad, más no como una variable de sexo que se oriente únicamente a cuantificar a los hombres y mujeres en los distintos movimientos migratorios.

Precisamente, la línea posestructuralista en los estudios de migración, se posiciona en contra de la comparación entre lo masculino y femenino y sus roles de género; en lugar de eso busca una conceptualización más dinámica y fluida del género como relacional y situacional. Para ello se debe usar estrategias mixtas, que tome en cuenta lo cuantitativo y lo cualitativo, sin confundir género con sexo y localizando el conocimiento en su complejidad y multi-escalaridad (Malher y Pessar, 2006).

3. Migración y ambiente en la economía política global

La economía política nos muestra cómo un sistema económico determinado, ya sea colonial, capitalista o global, funciona con base en intereses y estrategias políticas que lo definen y mantienen a lo largo de la historia. Según Castles, al referirse a la economía política de nuestros tiempos, “la globalización implica construir una economía moderna integrada, pero una esfera política posmoderna fragmentada” (Castles, 1997: 10).

La globalización aparece así, como un proceso doble: de una integración intensiva pero de una exclusión marcada también en distintos niveles, el económico, cultural, ambiental, por género, con lo que se crean en palabras de David Harvey (2003), geografías desiguales, territorios marcados por la inequidad. En este nuevo orden social y económico de exclusión se desvanece la producción de subsistencia de las familias y comunidades para ser reemplazada por la participación en los mercados nacionales e internacionales. (Castles, 1997).

Esto quiere decir que se reemplazan las pequeñas economías, que pese a haber estado siempre vinculadas de alguna forma a las economías nacionales y la mundial,

dependen cada vez más de los mercados internacionales y las dinámicas globales. La migración es precisamente una muestra de ello, pues como señala el mismo Castles, ésta es uno de los factores más importantes del cambio social en nuestros tiempos, “las migraciones son simultáneamente el resultado del cambio global, y una fuerza poderosa de cambios posteriores, tanto en las sociedades de origen como en las receptoras” (Castles, 1997: 1)

Partiendo del mismo modelo de industrialización que produjo la migración campo ciudad, el neoliberalismo como sistema único significa que muchos gobernantes ya no ven las grandes desigualdades como un problema, sino algo esencial para la eficacia del sistema económico (Castles, 1997), con lo que se produce la necesidad y posibilidad de la migración, tanto regular como irregular, pues le es funcional.

Fruto de la desigualdad como sustento del sistema vigente, Delgado y García (2006) muestran que de los factores más importantes de la migración actual es la laboral. “La Organización Internacional del Trabajo (OIT, 2006) estima que en el mundo hay 90 millones de trabajadores migrantes, que equivalen al 3% de la fuerza laboral global. Este flujo se asocia al desempeño de las cadenas globales de producción y a los procesos de flexibilización y precarización laboral en los que participan tanto los países receptores como los emisores” (Delgado y García Zamora, 2006: 111).

Así, la migración es afín al capitalismo, sostiene al sistema mundo, le es funcional dentro de su estructura de mercado de trabajo y distribución de la riqueza desiguales, y en esa medida guarda una estrecha relación con los usos, el control y el acceso a recursos entre centros y periferias, dentro de los cuales se ubican los recursos naturales.

Al referirnos al medio ambiente en la actual globalización, es imperativo empezar por tratar dos temas neurálgicos que matizan en forma determinante la llamada “crisis ecológica global”, los cuales constituyen múltiples conflictos socio-ambientales y se relacionan principalmente con el uso de los recursos naturales y la contaminación, así la variable “desigualdad e inequidad social” se encuentra en el centro del problema ambiental.

El tema central planteado desde la ecología política es que no todos los humanos son afectados igualmente por el uso que la economía (global) hace del medio ambiente: unos se benefician más que otros, unos sufren mayores costos que otros, de ahí los conflictos “ecológico - distributivos” o de “justicia ambiental” (Martínez-Alier, 2004).

Los riesgos ecológicos se originan y se propagan desde zonas específicas del planeta. Algunas zonas que no causan la misma magnitud de riesgo asumen de manera involuntaria las consecuencias de decisiones tomadas a miles de kilómetros de distancia; dichas poblaciones no comparten los beneficios que ese riesgo ambiental genera para otras poblaciones y, así mismo, no cuentan con la capacidad tecnológica y financiera para enfrentar o mitigar dichos riesgos.

El sistema capitalista global ha encontrado distintas formas de generar riqueza, la externalización de costos de producción se hacen a través de posibilitar la existencia de mano de obra en condiciones desventajosas, a través de flujos migratorios o a través de una producción descentralizada y fragmentada. Pero además, es de señalar que dicha externalización se fundamenta en un aprovechamiento irracional y poco responsable de otros territorios y sus recursos naturales. Es decir que hay un flujo de riqueza desde las periferias hacia los centros que se logra a través del mismo sistema económico, de la transferencia de mano de obra, y a través de la ganancia que generan los usos y omisiones respecto del medio ambiente. Así como las personas, su movilidad e inmovilidad son piezas elementales en el mantenimiento del sistema capitalista global que genera las desigualdades de las que se alimenta, también son de gran importancia los recursos naturales, sus usos y distribución, cómo, quién y dónde se cargan con los perjuicios de su daño.

La dimensión ambiental dentro de los procesos migratorios no es necesariamente una dimensión extra económica, las condiciones ambientales influyen en la calidad de vida de las personas no solamente de forma directa sino por su capacidad o no de generar recursos económicos que faciliten esas condiciones de vida (Haydea, 2003).

En el caso de Cañar, no podemos hablar de migrantes ambientales, sin embargo, el impacto de la migración sobre los recursos ambientales es un factor de suma importancia, aunque no necesariamente asumido ni visible en la decisión migratoria.

De acuerdo con Castles, esta forma de producción que impacta de maneras tan diversas en el medio ambiente y en los sistemas ecológicos tiene relación con la migración, pues “los flujos de migración son un resultado directo del deterioro del medio ambiente. La deforestación, la desertización, la disminución de la fertilidad de los suelos, las sequías y las inundaciones son fenómenos que obligan a las personas a desplazarse”. De igual manera, “la inmigración también puede provocar presiones sobre el medio ambiente al fomentar el crecimiento urbano descontrolado, o al sobreexplotar los recursos” (Castles, 1997: 9).

De esta forma no sólo la exclusión económica impulsa a ciertas poblaciones a movilizarse hacia lugares donde poder vender su mano de obra, sino que también son impulsados por los costes ambientales, y por las pocas posibilidades que el medio natural les brinda para reproducir su vida. Esto se da no únicamente por el daño ambiental, sino por los patrones de producción y consumo y por una creciente precarización del campo en todo el mundo. Pero así como la migración en los términos actuales es causa pero también efecto de la globalización, también tiene una doble cara frente al ambiente. Por un lado, las condiciones específicas de éste la alimentan, pero la migración también impacta de manera diversa en el medio ambiente local, de ahí la importancia de analizar el fenómeno desde lo micro, pues

generalmente, se analiza las migraciones internacionales en su dimensión nacional, si bien sus efectos más profundos se producen a nivel local. En las comunidades de origen, el éxodo de grandes contingentes de personas en edad de trabajar puede tener efectos perturbadores en la producción agrícola y en la artesanía. Las relaciones de género y las estructuras familiares experimentan un cambio drástico (Castles, 1997: 7).

Aterrizando las teorías, se quiere ver cómo esa estructura global de exclusión funciona, se adapta y toma una forma específica en territorios particulares donde se llevan a cabo procesos migratorios de gran importancia, ya sea por exclusión económica así como por condiciones ambientales y productivas. Ello genera estrategias migratorias que a su vez tienen un impacto de rebote en el ambiente del lugar, en el orden de la sociedad y particularmente en quienes no han migrado pero sin embargo son parte del proyecto migratorio y mantienen una relación permanente con ese entorno natural.

Estrategias metodológicas

Por sus contenidos, este trabajo tiene un enfoque metodológico cualitativo interpretativo pues alude a la vida cotidiana y a las subjetividades de las mujeres que han experimentado la migración quedándose en la zona baja del cantón Cañar, así como a representaciones y prácticas ambientales que no pueden ser cuantificadas ni abordadas sino por medio de un trabajo descriptivo y etnográfico. Por ello, las herramientas que se usaron para recolectar y procesar información responden a esta corriente metodológica.

Este trabajo se articula a un proyecto de investigación más grande sobre migración y desarrollo en la zona (Proyecto PIC), impulsado por FLACSO y las Universidades de Liège y Lovaina. En calidad de estudiante, apoyé dicho proyecto desde mediados del año 2010, con lo que he tenido un acceso sostenido en el tiempo a la localidad y su problemática migratoria.

Así mismo, mi inclinación política feminista orienta las miradas y prioridades de la problemática de las mujeres, sus experiencias y sus procesos de transformación. De este modo, la metodología también cuenta con un componente feminista que enfatiza el conocimiento de la experiencia a partir de un acercamiento sensible y no objetivador con las mujeres y su entorno.

Las primeras estrategias de campo fueron una serie de entradas esporádicas de reconocimiento, recolección de información y la aplicación de entrevistas semi-estructuradas respecto de las distintas aristas de la problemática migratoria en el marco del proyecto PIC, ello permitió acceder a la información necesaria para plantear la especificidad de esta investigación.

Con ello se planteó ingresar de manera más permanente al cantón, realizando una pasantía en el gobierno local y adicionalmente participando de cerca con las organizaciones sociales contactadas anteriormente, que fueron la entrada hacia las mujeres organizadas; ello permitió la realización de una observación participante a través de la cual entender e interpretar la cotidianidad de las mujeres.

Las organizaciones de entrada fueron el Consorcio de Sendas-Sedir¹, quienes trabajan de manera directa en la zona baja del cantón Cañar con el Comité de Defensa de la Cuenca del Río Bulu Bulu y la Organización Agroecológica Chullay Mikuna, las mismas que han sufrido procesos importantes de feminización en los últimos años. Sin embargo, el trabajo de campo me llevó a no orientarme de forma exclusiva a las mujeres de estas organizaciones, sino a otras varias de la zona en general, que son parte de otras organizaciones como las Juntas de Agua, las directivas comunitarias, el magisterio, entre otros.

De este modo, se llevaron a cabo más de 25 entrevistas a profundidad con estas mujeres a lo largo de tres meses de trabajo de campo. Además, se realizó una serie de entrevistas semi-estructuradas a actores sociales clave que trabajan en las

¹ Dos ONG que intervienen en conjunto en la zona en relación con temas medio ambientales, particularmente del agua además de la producción agroecología, y trabajan la perspectiva de género. Cuentan con aportes de la cooperación holandesa.

organizaciones e instituciones con las que se contactó, así como en gobiernos locales y organizaciones de segundo y tercer grado.

La observación participante y las entrevistas permitieron reconstruir la experiencia migratoria de las mujeres en el “quedarse”, sus miradas y sentires respecto de los procesos migratorios en la zona. Ahora, para conectar dicha experiencia con las prácticas y representaciones del espacio, se aplicó la técnica de cartografía social con un grupo selecto de las mujeres entrevistadas.

La cartografía social tiene como eje central hacer una pedagogía del territorio. A través de una construcción simbólica del territorio (entendido éste tanto por el espacio como por las relaciones que interactúan en y sobre él), se abren perspectivas para una mejor comprensión de la realidad territorial, de cómo vivimos el territorio que habitamos (Habegger y Mancila, 2006).

Durante el trabajo de campo, apoyada en las entrevista y en la observación participante realizadas con antelación, pude acompañar un taller de cartografía social con seis mujeres de la zona, cuyos casos e historias eran más relevantes para el estudio. En conjunto dibujaron el espacio que habitan apoyadas en preguntas guía como ¿cuál es el lugar donde estoy mayor cantidad de mi tiempo?, ¿dónde me siento más cómoda?, ¿cuál lugar no me gusta? Así mismo, se prestó particular atención al relato que se iba tejiendo sobre el dibujo y sobre las preguntas guía. Posteriormente se amplió la información con entrevistas adicionales.

La información recolectada, sumada a la consulta de fuentes secundarias tales como diagnósticos ambientales y estudios sobre migración y ruralidad hechos en la zona, me permitieron plantear esta investigación de la siguiente manera: en el capítulo II se hace una descripción del contexto de la investigación, su población, situación socio-económica, su historia migratoria, así como un análisis cruzado entre estas características migratorias y los procesos de degradación ambiental, para terminar con una descripción comparada de la zona alta y la zona baja del cantón, enfatizando en la zona baja donde se desarrolló el estudio.

En el capítulo III, se examina la experiencia migratoria de las mujeres desde el “quedarse” en el territorio, las representaciones y emociones que hacen del fenómeno estructural que es la migración para ellas, con base en las entrevistas a profundidad. Así mismo, se muestra cómo esta experiencia se presenta ambivalente para ellas, entre el empoderamiento y el acceso a la organización, hacia nuevas formas de control y

sobrecarga de trabajo. Se precisa un análisis relacional entre hombres y mujeres, migrantes y retornados, así como algunas diferencias entre indígenas y mestizos.

En el capítulo IV se relaciona la experiencia migratoria de la “in-movilidad” con las prácticas ambientales, se examina la generación de conocimientos y relaciones diferenciadas entre hombres y mujeres frente la producción agrícola y el medio ambiente. Una segunda parte presenta la representación específica de las mujeres que, sobre la base de la vivencia de la migración y la relación con la naturaleza, hacen del espacio que habitan, a través de la interpretación de los resultados de la cartografía social.

Finalmente, en el capítulo V se muestran las conclusiones con las cuales se busca mirar cómo las estructuras sociales y las experiencias cotidianas se entrelazan y pueden generar procesos interesantes de transformación social. Se evidencia la relación que existe entre el género, la migración y el ambiente, en el caso específico de las mujeres de la zona baja del cantón Cañar, que viven la experiencia migratoria permaneciendo en la localidad, lo cual condiciona sus relaciones sociales y familiares, el orden de género y por su puesto su relación con el espacio.

CAPÍTULO II

EL CANTÓN CAÑAR: LA HISTÓRICA MIGRACIÓN FRENTE AL MEDIO AMBIENTE Y EL TERRITORIO

Este capítulo busca ubicar, en términos generales, la situación de la población, los procesos migratorios, su relación con eventos y problemáticas ambientales y la posición de las mujeres de la zona baja del cantón Cañar, con el fin de contextualizar el análisis de la relación entre la experiencia migratoria, medio ambiente y género con base en algunos datos cuantitativos de fuentes secundarias y también de información cualitativa recabada en un primer momento de trabajo de campo, así como un análisis de ciertos eventos históricos que ponen en evidencia esta relación.

Se ha dividido el capítulo en cuatro partes. Primero se describen características de la población e indicadores de condiciones de vida en general. En un segundo apartado se presentan los diferentes momentos migratorios que ha experimentado el cantón con sus particularidades históricas. En un tercer momento se hace una descripción de las condiciones ambientales y productivas de la localidad y la relación histórica que han tenido dichas condiciones con los distintos procesos migratorios. Finalmente, bajo este paraguas, se describe de manera más específica el caso de la zona baja del cantón, diferenciando este espacio de la generalidad de la localidad en cuanto a su situación poblacional y productiva.

Características demográficas y socioeconómicas del cantón Cañar

El cantón Cañar es el más extenso de la provincia del mismo nombre, con un total de 1.894,34 km². A pesar de ser uno de los más poblados –se estima que para 2009 hay un poco más de 60 mil habitantes–, solamente menor a Azogues, su densidad poblacional es bastante baja, con una tasa de crecimiento de 0,22 al año 2010, dato que es mayor al registrado en el censo de 2001 de -1,10 y al del censo 1990 de -1,71 (INEC, 2011).

Mapa cantonal de la provincia de Cañar



Fuente: Municipio de Azogues.

El cantón Cañar, cuya cabecera cantonal lleva el mismo nombre, tiene 12 parroquias y 252 comunidades. El 80,9% de su población se encuentra en áreas rurales (ODNA, 2008); el último censo de población y vivienda de 2010 muestra que el 39% de la población se autodefine como indígena, en contraste los datos municipales estiman que el porcentaje es de 82%. A continuación se presenta un mapa parroquial:

Mapa del cantón Cañar por parroquias



Fuente: Municipio del Cantón Cañar

El censo de 2010 ha mostrado que, de las 24 provincias del país, Cañar es la que mayor proporción de mujeres tiene con un 53,3% del total de sus habitantes. Esta diferencia es un tanto mayor en el caso del cantón cuya población está constituida por 31.953 mujeres (53,9%) y 27.370 hombres (46,1%). En términos generales, se trata de una población feminizada, rural y con una incidencia de población indígena importante.

Así mismo, como en la mayor parte de las áreas rurales y campesinas del Ecuador, en el cantón Cañar encontramos índices de pobreza elevados: el 42,46% de las personas se halla en la extrema pobreza de acuerdo al índice de incidencia de necesidades básicas insatisfechas, esta cifra es relativamente mayor al 32,8% nacional, sin embargo, es significativamente baja en relación con otros cantones también con alta incidencia de población indígena como Guamote, en la provincia de Chimborazo, con 75,16% (INEC, 2011).

El acceso a la educación muestra restricciones y un desbalance marcado del nivel de educación media entre indígenas y mestizos: 4,3 años en población indígena frente a 10 años entre mestizos; estas diferencias se dan también entre hombres y mujeres, estas últimas constituyen las dos terceras partes del total de población analfabeta que alcanza al 16% de las personas mayores de 15 años de edad en el cantón (ODNA, 2008). Así mismo, de acuerdo al último censo, la provincia de Cañar es la cuarta con mayor analfabetismos (12,2%) y con menor número de años de escolaridad (7,7) en todo el país. Vale resaltar que estos indicadores son aún más bajos en el cantón con 17,4% de analfabetos mayores a 15 años, y un promedio de 7 años de escolaridad entre la población mayor a 10 años (INEC, 2011).

En cuanto a salud, el cantón registra una tasa de desnutrición de más del 30% (ODNA, 2008), así como una tasa de 12 médicos y 10 camas de hospital por cada 10 mil habitantes (INEC, 2011). A nivel provincial, una tasa de mortalidad materna superior a 80 y una de mortalidad infantil de 15,11 para el año 2005.

En definitiva, en términos socio-económicos estamos frente a un cantón con condiciones de vida limitadas. Sin embargo, hay marcadas diferencias entre los distintos tipos de población, es decir, entre mestizos e indígenas y también entre mujeres y hombres. Pese a que las remesas han sido altas en la región, siendo la principal fuente de ingreso en la provincia de Cañar, no se evidencia, al menos en los indicadores macroeconómicos, un mejoramiento sustancial de las condiciones de vida.

Existen escasos indicadores que diferencien accesos y condiciones de vida entre familias con migrantes y no migrantes en la totalidad del cantón, sin embargo, de

acuerdo con estudios más específicos (Martínez, 2005; Caguana, 2008; Vaillant, 2008), la migración constituiría un elemento más de diferenciación de clase entre la población cañareja. En ese sentido, el cantón Cañar no es un territorio homogéneo y gran parte de la estratificación de clases sociales de su población se debe a la migración que se describirá mejor a continuación, pero, además, a relaciones étnicas y de género.

Cañar, un espacio de migración

La migración en la zona austral y por tanto en el Cañar es reconocida como la más antigua del país. De acuerdo con el penúltimo censo, la provincia de Cañar se identifica como la de mayor número de migrantes internacionales con un 8% del total nacional, de igual forma el cantón Cañar es el cuarto cantón con mayor número de emigrantes en relación a su población en el país (ODNA, 2008).

Se evidencian impactos relevantes en la pirámide de edad del cantón que, como ya se menciona, tiene un índice bajo de crecimiento; esto se verifica en la reducción de población menor a cinco años. Existe también una importante reducción de población joven que forma el grueso de las personas migrantes de la localidad, particularmente entre 20 años y 40 años de edad. Vale mencionar que esta tendencia es más marcada entre la población masculina (ODNA, 2008).

Por la estructura poblacional y por condiciones históricas, la emigración del cantón, a diferencia de la tendencia nacional, tiene un tinte bastante rural e indígena. Los datos muestran que el 58% de personas migrantes proviene de hogares indígenas, así mismo, en el caso del total de mujeres migrantes, el 62% son madres de hogares indígenas frente a un 38% de madres mestizas, lo que muestra que la migración femenina tiene un rostro rural e indígena (ODNA, 2008).

Se registran tres momentos de migración en el cantón: una migración interna desde mediados del siglo pasado a localidades cercanas y ciudades principales del Ecuador, sobre todo Cuenca, Guayaquil y Quito. Se trata de una migración vinculada al trabajo agrícola de exportación, que se hacía de manera temporal y cuyo circuito se mantiene en gran medida hasta hoy en día. En un segundo momento, encontramos una salida importante de pobladores hacia Estados Unidos alrededor de los años 70, este flujo ha sido constante pese a sus altibajos en el tiempo. Un tercer momento se da desde finales de los años 90 en que la crisis económica estimuló un éxodo de personas a lo largo de todo el país hacia el extranjero. En el cantón significó un período intenso en

que emigra el 31% de los migrantes actuales (ODNA, 2008), con nuevos destinos sobre todo a España e Italia, sin dejar de lado el histórico Norteamérica.

Como se puede ver, la migración ha sido una práctica constante en la región, pues de acuerdo a las facilidades de la producción agraria, los campesinos cañarejos se movilizaban –y aún lo hacen– a localidades cercanas para realizar actividades productivas que complementen el ingreso familiar. Por ejemplo, en verano, cuando tradicionalmente no se podía sembrar por la falta de lluvia, muchos hombres se desplazan a trabajar en el ingenio azucarero de La Troncal.

Algunos estudios como el de Torres (2009) hablan de la migración desde los tiempos de la reforma agraria a mitad de siglo XX en que el cambio de la estructura económico-productiva obligó a las economías familiares a diversificar sus fuentes de ingreso, con lo que los mercados agrícolas de exportación de la costa ecuatoriana eran de gran atractivo para los cañarejos. Esta diversificación histórica de las actividades productivas familiares sigue funcionando actualmente, como veremos, y la emigración internacional constituye una más de dicha estrategia que parece efectiva y, por tanto, recurrente.

En ese sentido, el segundo período de migración hacia Estados Unidos se da mayoritariamente en la década de los años 70m pero se remonta hasta los años 50 en que la crisis en la zona austral alrededor de la comercialización internacional de los sombreros de paja toquilla sufrió una baja importante en su precio a efecto de una sobreoferta del producto. Dicha crisis, sumada a los vínculos o primeras redes que los comerciantes de sombreros habían construido y el débil control de flujos migratorios, facilitaron el posterior éxodo a Estado Unidos (Albornoz e Hidalgo, 2007).

Después de un período de emigración relativamente moderado en el país durante los años 80 y 90, se da el tercer momento migratorio en la zona, quizás el más representativo al menos en términos numéricos. Entre 2001 y 2006, es decir dos años después de la crisis financiera de 1999, 6 mil personas salieron del cantón. El estudio ODNA (2008) menciona que seis de cada 10 padres y madres salieron a lo largo de estos años. Es precisamente en este momento en que la migración internacional se feminiza en el país, lo que reduce las diferencias por sexo entre la población migrante. En resumen, hablaríamos de una región en donde la migración ha sido una práctica constante en la generalidad de su población a lo largo de los últimos 60 ó 70 años. Esto sin duda define la organización social y económica de su población, así como sus prácticas cotidianas y por supuesto su territorio.

Producción y medio ambiente en el cantón Cañar

La relación migración-ambiente tiene un funcionamiento de ida y vuelta, por una parte el deterioro ambiental que incluye un componente social crea condiciones de expulsión de la población en calidad de emigrantes, y también la migración trae consigo formas específicas de incidencia en el ambiente vinculadas con nuevas prácticas de producción y consumo que quienes emigran adaptan de formas diversas y a veces ambientalmente insostenibles a su espacio de origen. Esto puede verse exacerbado en tipos de migración campo-urbe ya sea nacional o internacionalmente. Un ejemplo de esta situación es la implementación de proyectos productivos no armónicos con el ambiente, como ganado y cultivos intensivos, patrones de consumo que generan mayor desperdicio y que no se adaptan necesariamente al medio, además de los consumos suntuarios como la construcción de viviendas que en muchos casos permanecen subutilizadas o abandonadas.

Para entender esta problemática, es necesario considerar que el cantón Cañar, al igual que muchos espacios rurales del país, proviene de regímenes hacendatarios que, como bien es sabido, constituyeron toda una estructura de distribución de la tierra y una forma de producción. Con las reformas agrarias de 1964 y 1973 se configuró un escenario donde las familias campesinas tienen un acceso diferenciado a los distintos pisos agro-ecológicos y a la tierra, hablamos de una serie de minifundios, ubicados en zonas poco aptas para la agricultura, con acceso limitado a insumos ambientales y productivos, sumado a una competitividad limitada en el mercado (Martínez, 2005).

No existen registros cuantitativos actualizados sobre la tenencia de la tierra en el Ecuador ni en la zona de estudio, los datos de que se dispone corresponden en su mayoría al III Censo Agropecuario del año 2000. En términos generales, al igual que la riqueza social, la riqueza natural es repartida de manera injusta en el país, el índice de Gini en relación con la distribución de la tierra es de 0,8 (Carrión Sánchez, 2011), la provincia de Cañar se encuentra entre las más inequitativas en el país, junto a Guayas, Santa Elena y Carchi que cuentan con un índice de Gini entre 0,79 y 0,84 (SIPAE, 2011).

Los datos del censo agrario muestran que la provincia de Cañar es un territorio con un número alto de pequeñas propiedades, es decir, con menos de 2 ha en promedio (INEC, 2001). Camacho y Hernández (2009) muestran una tendencia similar en el

cantón Suscal, en donde la gran mayoría de la población cuenta con menos de 2 ha de propiedad, frente un mínimo de personas (2%) que poseen más de 10 ha.

A la problemática histórica de distribución de la tierra debe añadirse que

la demanda de tierras por parte de la población migrante ha disparado su precio 8 ó 10 veces, de manera que una hectárea puede costar 40 mil dólares, situación que vuelve imposible el acceso a este recurso a los hogares más pobres y acentúa las desigualdades dentro del territorio, no solo entre la población mestiza e indígena, sino entre hogares con o sin migrantes (Camacho y Hernández, 2009: 189).

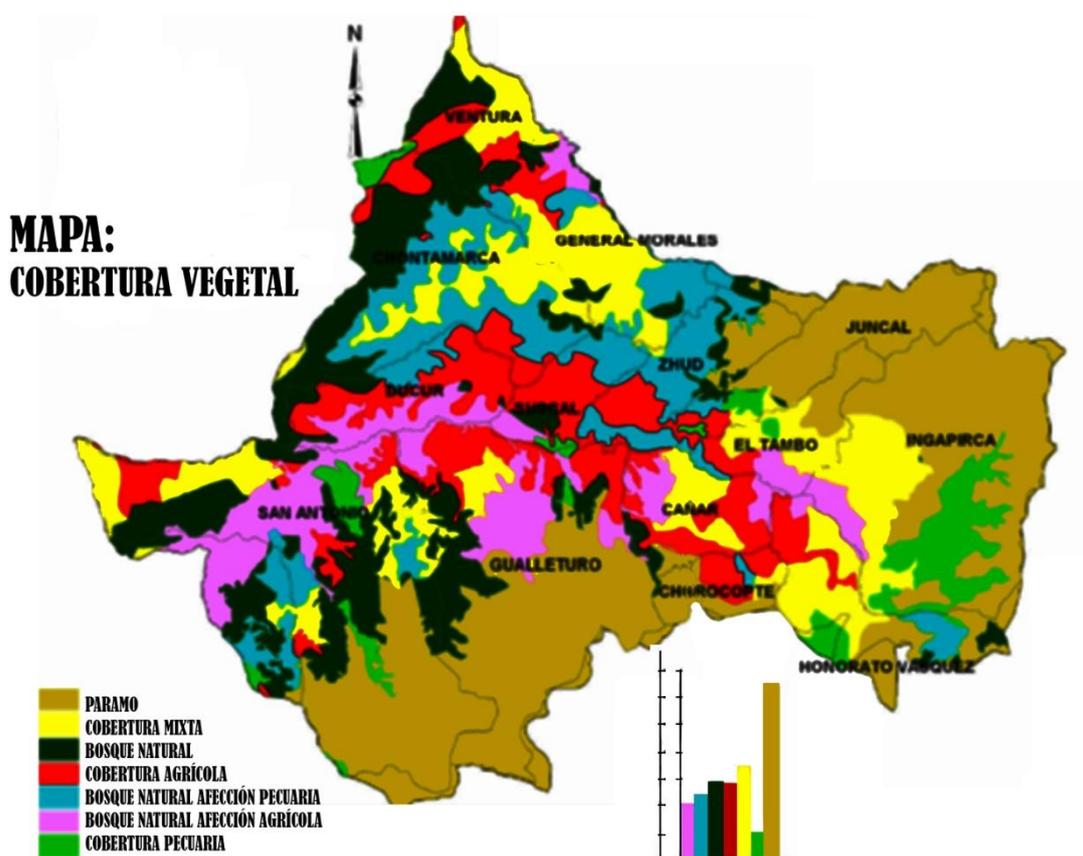
Cabe mencionar que, además de la desigual distribución de la tierra, el tipo de propiedad predominante en el país es el privado con 94,5% de la superficie agrícola, frente a un 4,9% comunal y solamente un 0,6% pública (SIPAE, 2011). Este patrón es similar en la población cañareja, donde existen limitadas y cada vez más escasas tierras comunales, solamente mantenidas entre algunas poblaciones indígenas como en Quilloac e Ingapirca, por ejemplo, que tienen una forma de propiedad mixta de la tierra. No solamente la tierra tiene un acceso desigual en el país y en el Cañar, sino también otros recursos de gran importancia para la producción como el agua, es así que el 1% de los sistemas de riego de propiedad privada disponen del 64% del caudal del agua, mientras que el 86% que representan los sistemas de riego comunal tienen solamente el 17% del caudal (Carrión Sánchez, 2011). En el caso del cantón Cañar, el acceso al agua ha ocupado gran parte de la agenda de las organizaciones sociales y campesinas y, de acuerdo con las observaciones, es un factor sumamente relevante en la estratificación socioeconómica de la zona. El agua es un factor determinante en el valor de la tierra; de acuerdo a entrevistas realizadas, los terrenos pueden duplicar su precio si cuentan con acceso a agua de riego, así mismo, muchos juicios y litigios legales en la zona se dan por problemas de acceso al agua.

La construcción de sistemas de riego y la problemática a su alrededor ocupó gran parte de la intervención de las organizaciones no gubernamentales desde 1970 y sobre todo en las décadas de los años 80 y 90. De acuerdo con Víctor Idrovo, experto en el trabajo ambiental en el cantón, hubo un *boom* alrededor del agua con grandes inversiones económicas hechas por instituciones como Desarrollo Rural Integral (DRI), el Fondo Interamericano de Desarrollo Agrario (FIDA), la cooperación Holandesa y la Organización para la Alimentación y la Agricultura (FAO). Aún en la actualidad la región cuenta con la presencia de algunas ONG que hacen trabajos relacionados con el

medio ambiente en general, pero lo hacen cada vez con menos recursos, tal es el caso de Sendas, Cedir, Protos, el Fondo Italo-Ecuatoriano (FIE) y Plan Internacional.

De otra parte, es necesario mencionar que el cantón cuenta con distintos pisos climáticos, en general, poco aptos para la agricultura. A continuación se muestra un mapa donde se puede ubicar los pisos climáticos y la cobertura vegetal en el cantón, la mayoría del territorio, casi la mitad, corresponde a páramo, seguida de una cobertura mixta y de bosque natural. Hay que destacar la alta superficie de bosque con afectación pecuaria y agrícola en similares proporciones al bosque natural.

Mapa de cobertura vegetal del cantón Cañar por parroquias



Fuente: TUCAYTA, 2010.

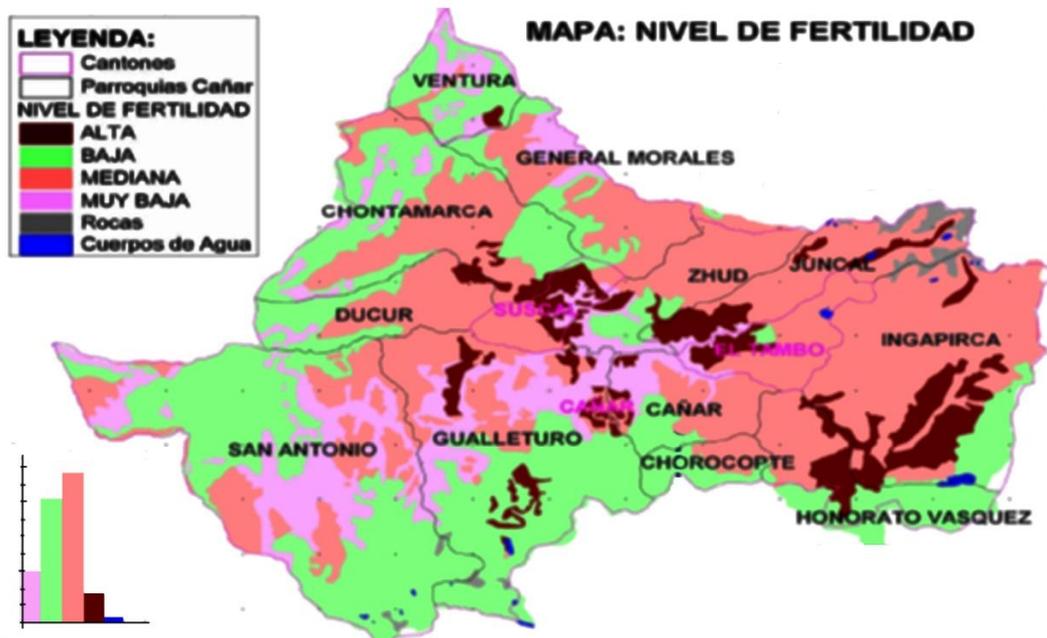
La producción del cantón es en gran medida tradicional, de acuerdo al estudio realizado por Protos-Sendas (2010), es así que los principales cultivos en la zona alta son papas, maíz y arveja, sumado a la creciente actividad ganadera. En la zona baja se cultivan algunas hortalizas, huertos tradicionales con yuca, papa china, camote y frutales, además de pasto para ganado lechero. Solo las fincas grandes –de al menos 8 ha– y con

vasta mano de obra permiten hacer cultivos de productos de ciclo largo como cebada y trigo. Sin embargo, esto ocurre en la minoría de los casos pues, como ya se ha dicho, la producción campesina cañareja está marcada por la pequeña propiedad de la tierra y una importante disminución de la mano de obra a causa de la migración.

Pese a los grandes procesos de migración y diversificación de las actividades productivas, el 62% de la PEA del cantón Cañar se ubica en la producción agropecuaria, sin embargo, esta producción es precaria ante la falta de mano de obra, así como las condiciones del suelo para la producción, solamente un 8% apto para esta actividad. Además, únicamente el 36% de las ya limitadas áreas productivas tienen acceso a sistemas de riego (ODNA, 2010).

Ello se puede observar mejor en el mapa a continuación, donde se evidencia que el suelo del cantón tiene una fertilidad que va de media a muy baja casi en su totalidad; son muy pocas las áreas con una productividad alta, ubicadas principalmente en la parroquia de Ingapirca y Zhud, así como en El Tambo y Suscal, los dos últimos no forman parte de la administración del cantón Cañar.

Mapa de fertilidad del suelo del cantón Cañar por parroquias



Fuente: TUCAYTA, 2010.

Las dinámicas socio-ambientales en relación con los procesos migratorios

Las posibilidades y limitaciones de llevar adelante la producción agrícola, que como ya se ha dicho sigue siendo de suma importancia en la economía y en la cultura del cantón, han sido un factor importante en las iniciativas migratorias. Así, los períodos migratorios descritos anteriormente han estado acompañados constantemente de cambios y afectaciones ambientales y productivas.

La problemática ambiental general de la zona aparentemente tiene concordancia con ciertas iniciativas migratorias, empezando por la ya descrita migración interna de los años 50, en que las personas se desplazaban en función del ciclo agrícola tanto en origen como en destino.

De otro lado, se registra un proceso importante de sequía en el cantón para los años 70, en que se inician actividades y movilizaciones comunitarias en la búsqueda de gestionar canales de riego, así nacen las varias “Juntas de Agua” y otras organizaciones más grandes como la TUCAYTA; en el mismo período ocurrían las migraciones hacia Estados Unidos.

Ya entre los años 1988 y 1992, el Centro de Reconversión Económica del Austro (CREA) detecta abiertamente el problema de reducción de los caudales de agua en la zona, pero la mayor reducción se identifica entre los años 1996 y 2002 en que los caudales de los ríos disminuyen entre 30% y 60% (García, 2010). Durante este momento de deterioro de las fuentes hídricas también se llevaban a cabo los flujos migratorios más intensos hacia Estados Unidos y hacia Europa.

Esta época fue impactada además por el fenómeno de El Niño de 1997-1998, uno de los peores de los registrados según el Instituto Nacional de Meteorología. Este evento afectó profundamente la salud de las personas, la infraestructura y, particularmente, la producción agropecuaria, así como el transporte y la comercialización en todo el territorio.

A esta crisis ambiental debe añadirse la crisis financiera de la dolarización en 1999, que provocó una caída en los precios de la leche y carne, de suma importancia en la económica campesina del cantón, todo lo cual influyó, sin duda, en los procesos migratorios intensos de la época.

El diagnóstico ambiental del cantón Cañar realizado por el Consorcio SENDAS-PROTOS (2010) revela un desequilibrio ecológico del 22% dado por el alto desbalance hídrico debido a la ausencia marcada de agua en verano y grandes correntadas en

invierno, así como el registro de 90 especies de flora y fauna nativa en proceso de extinción. Todo ello exacerbado por el inadecuado manejo y gestión de los recursos naturales en toda la región (García, 2010).

Otro factor de gran relevancia ambiental a considerar actualmente es el “cambio climático” que, según los testimonios, es un factor que se siente y que impacta fuertemente en la actividad agrícola, sobre todo porque limita la posibilidad de predecir el clima, lo que a su vez afecta el ciclo natural de producción que se ha utilizado por años; es decir, el cambio climático impide planificar la siembra, deshierbe y cosecha y provoca que los ciclos de producción tradicionales dejen de ser usados.

De otro lado también la migración internacional tiene efectos en el medio ambiente e implica un cambio importante en la estructura agraria: aumento de pastizales y reducción de parcelas de tubérculos y cultivos de ciclo largo a falta de mano de obra. Además, la migración es un factor de diferenciación de acceso a la tierra, el trabajo de campo evidenció como las familias con emigrantes internacionales tienen mayor extensión de pastizales generalmente, por la rentabilidad de la producción lechera de la zona, y conservan pequeños huertos de hortalizas a cargo de mujeres y ancianos. Mientras que las familias no migrantes mantienen en algunos casos cultivos de ciclo largo como maíz y tubérculos, (Rebaï, 2009).

Si bien no se puede cuantificar la incidencia que las condiciones ambientales y productivas tienen sobre los movimientos migratorios, sí se puede afirmar que ambos mantienen una relación de doble vía. Como se ha mostrado, las problemáticas ambientales más fuertes del cantón han acompañado los movimientos migratorios de forma constante durante los últimos 60 años. Así mismo, estos movimientos modifican las condiciones ecológicas como se verá mejor en el capítulo IV, modificaciones y relaciones que variarán entre quienes migran y no, y entre hombres y mujeres.

La zona baja del cantón Cañar: población, migración y producción

La diferencias en la geografía y en los pisos climáticos, así como las dinámicas poblacionales y administrativas del cantón permiten dividir a la localidad en dos áreas: una zona alta, hacia el lado oriental del cantón en donde se ubican ecosistemas de páramo principalmente y una zona baja en el lado occidental. En la zona alta se encuentran tierras pertenecientes al Parque Nacional Sangay y al área del bosque y vegetación protectora Machángara, con lo que se trata de territorios que están sujetos a

ciertas protecciones no siempre entendidas y asumidas por los pobladores (García, 2010). La zona alta está formada por las parroquias de Ingapirca, Cañar, Chorocopte, Juncal, Honorato Vásquez, Gualleturo y parte de San Antonio.

Por su parte, hacia el lado occidental se halla la zona baja del cantón, donde se encuentran remanentes de bosque húmedo primario como el de San Antonio, que no cuenta con un estatus de protección hasta el momento y que, por lo tanto, ha sufrido niveles altos de deforestación. Esta zona estaría constituida por las parroquias de Zhud, General Morales, Ventura, Chontamarca, Ducur y San Antonio.

El centro de la actividad política del cantón se concentra mayormente en la zona alta, pues el Municipio se ubica en la cabecera cantonal, así como gran parte de las organizaciones de segundo grado como la Unión Popular de Comunas y Cooperativas de Cañar (UPCCC), TUCAYTA, entre otras. Además, históricamente ha existido una participación política importante de poblaciones como la de Ingapirca, y liderazgos indígenas fuertes como los de la población de Quilloac, ubicado en la misma parroquia de Cañar.

La zona baja se vincula con la actividad económico-política del cantón Suscal que geográficamente se encuentra más cerca a sus parroquias. Mantiene adicionalmente una relación importante con la localidad de La Troncal por los históricos intercambios de mano de obra y comercio, así como por la especial cercanía con las parroquias de San Antonio y Ducur.

Por otro lado, la zona baja cuenta con un clima más apto para la agricultura y mayor cantidad de tierras, sin embargo, es sustancialmente menos productiva con respecto al Hatum Cañar, tanto a nivel agropecuario como ganadero, posiblemente por las condiciones del suelo que son menos aptas para esta actividad, por una tenencia de la tierra marcadamente privada y por un aún más restringido acceso al agua. Por su parte, la zona alta, a pesar de ubicarse en un piso climático de páramo y de ser altamente minifundista, cuenta con mayor acceso a sistemas de riego y un capital social aparentemente más fortalecido a través de distintas organizaciones.

Una tercera diferencia entre ambos espacios territoriales alude a los momentos migratorios: la zona alta presenta una migración internacional más antigua que la baja, esta última, de acuerdo al trabajo de Camacho y Hernández (2009) para el caso de Suscal², se integra a la migración internacional en los años 90, mientras que en el

² Si bien Suscal se halla en la zona baja, constituye un Cantón particular, pero esta rodeado de las parroquias del Cantón cañar

Hatum Cañar se llevaban a cabo desde los años 70 e incluso antes. Sin embargo, la zona baja ha mantenido una migración interna quizá más intensa por su cercanía a la costa desde los años 50.

Las limitaciones en la producción agrícola han sido para la zona baja un factor particularmente determinante en los procesos migratorios. Es evidente el abandono y la feminización del campo en parroquias como Chontamarca, Zhud, Ducur y General Morales.

Hay que destacar que la zona baja además registra un fuerte crecimiento de la actividad ganadera-lechera en los últimos años de acuerdo a las observaciones y entrevistas con los actores; esta actividad, además de ser más rentable, se acomoda mejor a la carencia de mano de obra y adicionalmente representa un símbolo de estatus entre los pobladores, además, brinda un ingreso constante y su inversión es más segura, sobre todo en relación con la agricultura extremadamente expuesta a la vulnerabilidad ambiental: calidad del suelo, clima, plagas, entre otras; y a la vulnerabilidad del mercado: poco acceso al crédito, los altos costos de los productos e insumos agrícolas, poca regulación de mercados, falta de políticas subsidiarias.

De otro lado, la agricultura que, aunque menos abundante, sigue siendo importante en ambas zonas, se relaciona con dos fenómenos de contaminación ambientales: por un lado, es un factor de contaminación pues en la gran mayoría de los casos utiliza una cantidad considerable de bioestimulantes, fertilizantes, fungicidas y plaguicidas, sobre todo en productos como la papa. Por otro lado, se vuelve una actividad cada vez menos planificada, pues el calendario agrícola casi ha dejado de existir, al menos en los términos en que funcionaba tradicionalmente, debido al ya mencionado cambio climático; ello implica la pérdida de conocimientos ancestrales y limita la diversidad productiva.

La totalidad del cantón evidencia una migración mayoritariamente masculina y por tanto una feminización del territorio. Sin embargo, al ser la zona alta el sitio donde se ubican las instituciones y organizaciones más grandes y con mayor poder negociador se registra allí la presencia de liderazgos en su mayoría masculinos. Mientras que en la zona baja, las organizaciones sociales en su mayoría de primer grado están más feminizadas de acuerdo con las observaciones de campo.

No sólo las organizaciones sociales en la zona baja están feminizadas sino la generalidad de su espacio; se trata de un campo y una producción agropecuaria femenina por excelencia. Si a esto sumamos las condiciones ambientales bastante

deterioradas de la zona por los mismos procesos migratorios y por fenómenos globales como el calentamiento global, encontramos que son las mujeres las que experimentan de forma más cercana los efectos que ambos fenómenos (la migración y el deterioro ambiental) generan en los sistemas productivos y en las mismas condiciones de vida. Por eso son ellas las que actualmente llevan mayoritariamente los procesos de cuidado ambiental que se desarrollan en el territorio como ocurre en el caso del Comité de Defensa del Río Bulu Bulu y la organización agroecológica Chullay Mikuna.

El Comité de Defensa de la Subcuenca del Río Bulu Bulu, cuyas participantes fueron mayoritariamente entrevistadas en este trabajo, es una organización ubicada en Ducur pero constituida por nueve comunidades activas y 140 miembros, 90 de los cuales son mujeres, lo que representa un 80% de los participantes además del liderazgo organizativo.

Este comité empieza a consolidarse desde los años 90 cuando por la fuerte disminución del caudal de los ríos, la crisis económica de fines de esa década sumada al impacto del fenómeno del niño, hacen que el sitio se convierta en objeto de una serie de intervenciones, una de ellas llevado a cabo por del consorcio Protos-Sendas que realizó un diagnóstico ambiental en la zona y promocionó la organización, de la inicial junta de riego, hacia la conservación y la agroecología.

El comité tiene un campo de acción a lo largo de la cuenca del Río Bulu Bulu. Pese a que esta subcuenca atraviesa gran parte de la zona baja del cantón, el comité ha realizado actividades principalmente en el cantón Suscal y las parroquias de Chontamarca y Ducur en las que residen la mayoría de mujeres contactadas.

Es importante mencionar que esta organización mantiene relaciones estratégicas con una serie de instituciones y actores a lo largo del cantón y la provincia, principalmente la organización de productores agroecológicos Chullay Mikuna, así como gobiernos locales de Suscal y Cañar, el Foro Regional del Agua del Azuay y Cañar, Juntas Parroquiales, centros educativos y el Comité de Gestión Ambiental constituido por el consorcio Protos Cedir, Sendas.

Las principales actividades del Comité de Defensa de la Subcuenca del Río Bulu Bulu se inician en torno a acciones de protección en las pequeñas vertientes de agua a través de cuidado de los corredores ecológicos en las quebradas y acciones de forestación; en ese mismo sentido, han trabajado planes de manejo de agua comunitarios por cada micro cuenca. Adicionalmente llevan a cabo actividades de educación ambiental con escuelas; para ello, han formado grupos de jóvenes promotores

para divulgar la información sobre la conservación y gestión ambiental. Finalmente, tienen un eje de gestión que se orienta a hacer incidencia política con los gobiernos locales e instituciones estatales.

Por fuera de los tres técnicos de apoyo, asalariados por el consorcio Sendas-Cedir, todos los participantes y dirigentes del comité trabajan de manera voluntaria; como ya se ha dicho, este trabajo se lleva a delante en su gran mayoría por mujeres, que son el grueso de la organización.

Las mujeres de la organización son en su gran mayoría trabajadoras no asalariadas, sin embargo, varias de ellas lideran otras organizaciones como las comunales, juntas de riego, entre otras. Muchas de las mujeres contactadas no asisten constantemente a la organización sino que se vinculan en actividades puntuales desde sus propias organizaciones. Cabe señalar que por la evidente persistencia de la migración en el lugar, la gran mayoría de las mujeres vinculadas con el comité de defensa de la subcuenca del río Bulu Bulu han vivido experiencias migratorias cercanas, permaneciendo en la zona sobre todo, pero también intentando emigrar o son retornadas.

CAPÍTULO III

LA EXPERIENCIA DE LA MIGRACIÓN EN EL “QUEDARSE”: EL CASO DE LAS MUJERES LÍDERES DE LA ZONA BAJA DEL CANTÓN CAÑAR

Este capítulo muestra los principales hallazgos realizados a lo largo del trabajo de campo, enfatizando en la experiencia que la migración ha implicado para las mujeres que se quedan en el cantón Cañar. Para ello, se ha clasificado la información recolectada empezando por las diferencias de género frente a la posibilidad o imposibilidad de emigrar; luego se desarrolla la específica experiencia de quienes permanecen en la localidad, en el sentido de destacar cómo viven las mujeres la partida de los otros y con qué emociones y preocupaciones se enfrentan. Después del duelo que experimentan en su totalidad las mujeres entrevistadas, se evidencia cómo se politizan las vidas cotidianas de las mujeres al tiempo que se feminizan las distintas organizaciones sociales de su localidad; para cerrar, evaluando cómo a los procesos de empoderamiento acompañan otras estrategias de control y discriminación a través la sobrecarga de trabajo por ejemplo. A lo largo de los puntos tratados, se marcan ciertas digresiones entre las mujeres que no han migrado y las retornadas, y así mismo se denotan algunas diferencias asociadas a la pertenencia étnica, es decir, entre indígenas y mestizas.

Es importante resaltar que, si bien el trabajo de campo ha priorizado a las mujeres que habitan el cantón, el análisis de la información se hace de manera relacional, pues, como ya se ha tratado en este documento, el género es entendido de manera entrelazada con otras categorías como la etnia y la clase. Así mismo, el análisis de género no se reduce a un trabajo descriptivo por sexos (Malher y Pessar, 2006), sino que se trata de una categoría estructural en la forma en que se da la migración y también la no migración en el cantón Cañar.

En ese mismo sentido, para profundizar en lo determinante del género en los procesos migratorios, se ha recurrido a un trabajo etnográfico para recolectar la información en campo. La primera herramienta usada fue la observación participante, que consistió en asistir cotidianamente a los distintos lugares que habitan las mujeres de la zona de estudio, desde sus espacios organizativos, hasta sus viviendas y huertas con el fin de identificar sus prácticas cotidianas en relación al sitio que habitan y a la migración en cuanto elemento constituyente de la localidad. Este trabajo se hizo a lo largo de tres meses aproximadamente.

A la observación acompañaron una serie de entrevistas a profundidad con mujeres líderes en su mayoría, cuyo acceso fue posible a través del comité de defensa del Río Bulu Bulu y de la organización de productores agroecológicos Chullay Mikuna, a las cuales pertenecen muchas de las personas entrevistadas. Sin embargo, se pudo interactuar también con otras mujeres de la zona baja en general vinculadas a otras organizaciones como el Grupo de Mujeres Tránsito Amaguaña de Zhud, a través del proyecto PIC desarrollado por FLACSO.

La experiencia migratoria de las mujeres en el “quedarse”

Este apartado quiere mostrar los matices que la migración pinta en la vida de las mujeres en “in-movilidad”, pues hay una serie de estructuras y experiencias propias que se superponen, entrelazan y funcionan paralelamente en la forma en que se vive la migración en función a las relaciones de clase, las étnicas y las de género. Si bien la migración ha implicado modificaciones importantes en la vida de estas mujeres, no transforma completamente la división sexual del trabajo ni el reconocimiento material y simbólico de las acciones femeninas y masculinas, y, en muchos casos, reproduce a la vez que “emancipa”.

De esta forma, la sobreposición de los distintos factores estructurales vinculados al género, que colocan en muchos casos a las mujeres en condiciones de mayor vulnerabilidad, pueden hacer que al mismo tiempo el proceso migratorio tenga otra cara posible. En el caso de estudio se puede ver cómo al ser la migración un asunto sobre todo de hombres y al ser en general un mecanismo fuertemente eficiente para la economía familiar, las mujeres que se quedan pueden haberse beneficiado de manera importante tanto en el plano de sus condiciones de vida como en ciertos cambios, procesos de autonomía, organización colectiva, entre otros.

Así mismo, las diferencias de género en el caso de estudio se observan partiendo de las posibilidades que hombres y mujeres tienen para emprender proyectos migratorios. Para analizar esta afirmación, es necesario primero recordar que prácticamente la totalidad de iniciativas migratorias del cantón se han realizado a través de medios irregulares, es decir, por redes de tráfico o coyoterismo, que colocan a los emigrantes en condiciones altamente vulnerables y riesgosas.

Pese a ello, al igual que la gran mayoría de habitantes del cantón, las mujeres entrevistadas manifiestan su intención, aunque sea latente, por migrar. Dicha intención

no ha podido hacerse efectiva por distintas razones, una de ellas es que las mujeres cuentan con menos acceso a préstamos para financiar el viaje y un apoyo más limitado de parte de familiares para sostener el proyecto migratorio, así como una presión social constante frente al cuidado de la familia y la preservación de la comunidad.

Yo sí me quise ir, pero mi hermano no quiso ayudarme, decía: “vos tienes hijos varones, como les vas a dejar, mal camino han de tomar”, por eso mis hermanos no me llevaron... ¿Cómo iba a dejar a mis cuatro hijos? ¿A quién iba a encargarles? (Heliana, 2011).

Como se ha dicho, son varios los motivos que detienen a las mujeres en su lugar de origen, uno de ellos, quizás el más poderoso, es la maternidad y el cuidado, los que aparecen como una responsabilidad casi exclusiva e ineludible entre las mujeres. Sin embargo, a esto acompañan otras motivaciones importantes que orientan a las mujeres a permanecer en la zona, como el menor acceso a las mismas redes (legales e ilegales) que potencialmente podrían hacer efectivo el viaje.

Yo me he querido ir, pero que va a haber esa suerte para mí... Imposible dejar a mis guaguas (Celena, 2011).

Yo no me puedo ir por la enfermedad de mi hijo pequeño, sino ya me hubiera ido hace rato (Eliza, 2011).

Quise irme pero no había quién me ayude a pedir la plata al abogado que prestaba en ese entonces, nadie me quiso apoyar para conseguir el dinero (Micho, 2011).

A pesar de este deseo de viajar, las personas entrevistadas manejan un discurso diferente y hasta contradictorio respecto a las razones por las que no viajarían, dado, en gran medida, por la realidad concreta que conecta a las mujeres con el mundo del cuidado en origen, pero también por un discurso de “sacrificio”.

No me he querido ir... A veces andaban por ahí ofreciendo y me daba ganas, pero tengo que ver a papá y mamá que ya están mayores. Por ellos no me da ganas de ir, porque todos mis hermanos están casados y vuelta quien les ve (Micho, 2011).

Pese a todo ello, particularmente en los últimos 20 años son muchas las mujeres que han emigrado y, al igual que la generalidad de las personas del cantón, han pasado por situaciones bastante precarias para lograrlo. En su gran mayoría las mujeres han viajado después de sus cónyuges y con la ayuda de familiares que han emigrado con antelación.

En muchos casos, son las mujeres que ya emigraron las que hacen efectivo el viaje de otras.

Mi hermana se fue después de su marido, ya luego me llevó a mí. Yo en cambio le llevé a mi hermana menor que también regresó ya hace unos tres años, yo le compré el pasaje desde allá; me pedía a cada rato que le lleve. Ahora toda la familia ya está acá, todos regresamos (Sara, 2011).

Acompañan a esta realidad discursos moralizadores sobre las mujeres que han roto con la “ley natural” de cuidar a sus hijos y dedicar su tiempo exclusivamente a la reproducción de la familia, vinculadas particularmente a los tipos de libertad y autonomía que adquieren las mujeres que viajan. Estos discursos se socializan entre personas mestizas particularmente, como se puede ver en los siguientes relatos de un dirigente retornado y una comerciante del mercado también retornada de Estados Unidos:

Es que allá van a avivarse (refiriéndose a las mujeres migrantes), como ya no hay como hacerles nada... (Dirigente parroquial, 2011, Proyecto PIC). Muchos hogares se deshacen, más que todo hay muchas mujeres que se dan la libertad, de aquí van a liberarse allá; hacen lo que quieren, van a donde quieren, nadie les dice nada, más que todo como allá hay protección van y se hacen de amigas, salen a pasearse, de fiesta... Se liberan mucho. Aquí en cambio no, como sea se está marido y mujer, una se levanta a hacerle la comida para que se lleve al trabajo, ya de noche a la casa (Gladys, 2011).

Las mujeres que se han quedado, por su parte, manifiestan de manera reiterada un profundo sentimiento de dolor ante la partida de sus familiares hombres, particularmente maridos; el duelo, que es un fenómeno vivido no sólo por los que emigran sino por los que se quedan (González, 2012), es la principal asociación que hacen respecto de la experiencia de la migración desde el quedarse:

Me acabé cuando se fue, llegué a sentirme como que no quería vivir. Es bien duro, yo sí admiro mucho a la gente que queda sola acá, y al que migra. Mucha gente dice que cuando el marido migra ya una tiene mucha plata, pero la plata no es felicidad. Él sí mandaba, con eso yo construí mi casita, mis hijos estaban estudiando, y ahí poquito ahorra porque tampoco había así en cantidad como hace unos 10 años atrás que era bien buena la migración (Anita, 2010).

Así mismo se puede ver en el caso de Natalia, cuyo hermano es quien viajó definitivamente a Estados Unidos, en esta declaración se observa cómo el sufrimiento se

vincula con la feminidad y a su vez se asume a la migración como un tema frecuentemente doloroso y negativo:

Mi mamá es la que más sufre, mi papá será que porque es hombre está más tranquilo. Ella sufre por la respuesta que él da, que no nos ayuda, porque además como madre se preocupa de que pasa enfermo y además porque como madre siente la ausencia del hijo. Todo eso le afecta mucho (Natalia, 2010).

A pesar del énfasis en la cara dolorosa de la migración relatada por las mujeres, es evidente la persistencia de un proyecto familiar que le da contenido al esfuerzo de la separación al menos en el discurso. En este sentido, y siguiendo lo que nos muestran los estudios previos en el Cañar en relación a procesos antiguos de migración a escala interna, se puede evidenciar que en efecto se daba este tipo de movilidad hacia la costa principalmente, pero en esta etapa de la migración el proyecto familiar era más acoplable con el proyecto migratorio masculino ligado al trabajo asalariado.

Cuando él se fue (a Estados Unidos), vine de La Trocal para quedarme aquí (su pueblo natal Chinchil). El trabajaba ahí en la costa en la compañía Hidalgo de construcción de vías, entonces cuando se fue ya que iba a hacer ahí yo (Heliana, 2011).

De manera paralela a esta visión victimizante de la emigración de los familiares varones sobre todo cónyuges, que efectivamente corresponde a lo complejo de esta realidad, se manifiesta en contraposición cierta naturalización de la situación de distancia, de hecho algunas mujeres se muestran más tranquilas sin vivir cotidianamente con sus parejas, ya sea porque éstos residen en el extranjero de manera permanente o por la constante migración interna, que si bien ha disminuido en los últimos años, sigue siendo un estrategia familiar recurrente. Ante eso Celena nos dice:

Ya estoy acostumbrada a que mi marido esté lejos, porque igual aquí en el campo no se gana lo suficiente para educar a los muchachos, entonces obligadamente él tenía que salir a trabajar lejos... Ya desde antes de casados él ya trabajaba en La Troncal. Eso ya es rutinario para nosotros (Celena, 2011).

Esto evidencia cómo la migración es un componente estructural de la sociedad y de la forma en que se constituye la familia cañareja, lejos de ser solamente un componente de disolución familiar como se maneja en los discursos cotidianos de los pobladores, es también un factor bajo el cual operan, se reproducen y mantienen muchas familias. Se

pone en evidencia cómo los discursos socializados muchas veces por las esferas de poder no siempre se corresponden con la realidad; las familias cañarejas nos muestran la existencia de nuevas maneras de concebir y mantener la estructura familiar casi siempre monoparentales, generalmente al cargo de las mujeres. “Los migrantes, antes de partir, ya saben que los proyectos familiares de reproducción social implican la configuración de estos nuevos arreglos familiares y son experimentados prácticamente como parte del ciclo de vida” (Herrera, 2008).

En este mismo sentido, es muy común escuchar entre los habitantes mestizos sobre todo discursos sobre lo nocivo de la migración en general y particularmente del abandono de las madres a sus hijos, las repercusiones negativas en la conducta, rendimiento y psiquis de los niños y la familia en general.

Yo veo la influencia de la migración acá en los estudiantes, por más que los abuelitos les quieran mucho no les orientan bien, los hijos de migrantes por lo general tienen bajo rendimiento e indisciplina porque necesitan el cariño de los padres, de las madres. No sólo es dar cosas, por eso se hacen muy materialistas los chicos... Hasta tuve un estudiante que fumaba droga porque venía de un rompimiento familiar (Marcia, 2011).

Se han mostrado algunos patrones comunes de la experiencia migratoria del quedarse, pero también son evidentes ciertas diferencias dadas por las distintas posiciones sociales o lo que Malher y Pessar (2003) llaman “ubicación social” en el marco conceptual del *“gendered geographies of power”*.

Para resumir, podemos afirmar primeramente que hay diferencias marcadas en las posibilidades o imposibilidades de los actores para emprender iniciativas migratorias, estas diferencias se establecen en gran medida por el género, pero además por la situación de clase y la étnica. La observación en la zona pudo constatar cómo las mujeres indígenas más empobrecidas, carentes de tierras y de acceso a espacios laborales, tienen casi prohibida la posibilidad de emigrar, sobre todo si son madres solteras; así mismo, son las mujeres de clases medias las que cuentan con mayor capital social y económico para construir proyectos migratorios.

Luego, se hace de manera naturalizada una asociación entre las mujeres y el mundo del cuidado, asociación reconocida y reproducida por el conjunto de la sociedad del cantón. Las mujeres no migrantes entienden su rol de permanencia en la localidad bajo este mismo principio, cuidar a su familia y administrar, si es el caso, las remesas de

la migración de sus pares varones. Pero así mismo las mujeres retornadas sostienen su decisión de haber viajado como una obligación frente a las necesidades de sus familias, y como una forma de cuidar y preservar sus hogares en origen o sus relaciones de pareja en destino.

Es en este mismo sentido en que los discursos moralizadores de la migración tienen su caldo de cultivo: las mujeres “abandonadoras” son constantemente juzgadas por los hombres, pero también por otras mujeres, sobre todo las no migrantes, pues se asume que son las mujeres las portadoras de los valores culturales y morales de la sociedad. A esto acompaña la desaprobación constante frente al empoderamiento económico y la autonomía personal de las mujeres migrantes. A este hallazgo debe sumarse la variable étnica, así como las mujeres migrantes y retornadas son juzgadas por la sociedad en su conjunto, lo son también los migrantes indígenas, mal vistos por parte de la población mestiza gracias al saldo económico que les deja la migración internacional. Como muestra el estudio de Camacho y Hernández (2009) para Suscal, el poder adquisitivo y político de la población indígena dada en gran parte por el dinero de la migración, acrecenta la intolerancia y el racismo frente al acostumbrado privilegio étnico de la población mestiza.

Finalmente, una constante entre las mujeres que permanecen en el sitio es la equiparación que establecen entre migración y dolor. El quedarse se asume automáticamente como una vivencia de abandono y duelo, las mujeres viven una especie de pérdida social al quedarse sin pareja, padre o hermano que las tutele, para el entorno social la tutela tiene forma de cuidado y prestigio. Sin embargo, en espacios de mayor confianza, afirman estar acostumbradas a un formato de relaciones familiares a distancia, e incluso muchas aseguran estar más cómodas en ausencia de los varones, principalmente parejas, porque evidentemente esa ausencia les representa ciertas ganancias como veremos mejor en el siguiente apartado.

Del dolor al empoderamiento y de la individuación a la colectivización

Como ya se mencionó, las estructuras, discursos y posibilidades se superponen en los procesos migratorios, en ese sentido, las mujeres entrevistadas hacen un rescate de la migración como motor de cambios representativos en el orden y los roles de género de su entorno. Así mismo, reconocen a la migración como un impulso a ciertas mejoras en sus condiciones de vida y en sus posibilidades de decidir sobre su tiempo y recursos. En

palabras de una retornada: “Yo ya me acostumbré a tener mi plata... Por eso acá siempre trabajo” (Sara, 2011).

Estas ganancias son visibles tanto para las mujeres que han migrado y retornado como para las que han permanecido en la zona. Para las mujeres que han podido salir en calidad de emigrantes internacionales, ha sido una posibilidad tanto en destino como a su retorno de adquirir ciertos logros en el uso de su tiempo, autonomía, liderazgo, entre otras. Por ejemplo, se puede ver en el caso de Constanza, quien a su retorno desde Italia, además de construir su casa pudo vincularse a la organización sociopolítica de su comunidad y también a la vida laboral a la que antes no había podido acceder.

Regresando es que me hacen presidenta de la comunidad, y desde ahí no me quieren cambiar, yo sigo y sigo... Después empecé a trabajar con la Fundación Nuevos Horizontes donde estuve como seis años, ahora en cambio estoy en el Patronato... Yo ya me acostumbré a tener mi plata, allá sacaba casi 2 mil dólares al mes, ¡acá cuándo eso!... Por eso, acá siempre trabajo aunque gane poco (Constanza, 2011).

Así mismo, la experiencia migratoria de la “in-movilidad” ha significado en muchos casos la posibilidad de acceso a espacios de la organización, cosa que como las mismas mujeres mencionan no habría sucedido sin la emigración masculina, es decir, sin la ausencia física del cónyuge por ejemplo, pues los roles de género eran muy claros previo el proceso migratorio y, en esa medida, las mujeres no se consideraban aptas para actividades de organización, dichas actividades eran moral y prácticamente una labor masculina.

Así, esta imposibilidad de emprender proyectos migratorios propios o ser parte de un proyecto familiar en que deben quedarse para garantizar la reproducción familiar han implicado una especie de plataforma hacia la organización y la acción política como lo muestra el mismo caso del comité de defensa de la subcuenca del río Bulu Bulu, la organización agroecológica Chullay Mikuna y otras organizaciones de la zona. En términos generales, la marcada migración masculina ha permitido una significativa feminización de la organización social y política de la zona baja del cantón.

Entre la tristeza con la que viven la migración internacional y el impedimento de migrar aparece la contingencia de la acción política, la imposibilidad de juntarse al proyecto migratorio masculino, junto con una especie de remesón pero también de

ausencia de cierto control en la vida y las actividades cotidianas, se abre la opción de vincularse a organizaciones e iniciativas de distinta índole:

Yo también quise irme pero no salí del Ecuador, sólo llegué donde el coyotero, se me cerraron todas las puertas, hice todo, me salí del trabajo, reuní el dinero... En esa transición que me quedé sin trabajo, no me fui ni nada, me metí a esto (refiriéndose a la organización), luego fui parte del cabildo, en la escuela también fui representante de mi hermana, era del comité de padres, con la iglesia también como catequista y secretaria de los catequistas y del seguro campesino también soy parte (Anita, 2011).

Así mismo, el “empoderamiento” de las mujeres a través del liderazgo y presencia política se vincula con otro proceso llevado a cabo según Cohen (1996) en la esfera privada, la *subjetivación*, o lo que Herrera (2008) menciona para el estudio de trabajo doméstico de ecuatorianas en España, *individuación* de las mujeres. Estos procesos aluden a la posibilidad de pensarse a sí mismas y de tener proyectos más personales que familiares, así se puede ver en la siguiente afirmación: “Ahora yo pienso en mí, hago mis cosas y vivo mi vida” (Anita, 2011).

La *subjetivación* se desarrolla en el espacio privado, es decir, en el lugar esencial de la intimidad desde donde se construye “autonomía” que, en tanto elemento de la identidad, se define en las relaciones cara a cara en el escenario de las relaciones humanas directas aunque sean de manera transnacional como ocurre en este caso.

De esta forma, las modificaciones de la vida cotidiana y en las relaciones más cercanas, marcadas indudablemente por la migración, posibilitan e incluso parecen acelerar los procesos de autonomía e individuación de las mujeres del cantón, pese a que se activan otros mecanismos de control como se verá más adelante. Además, el caso muestra que estos procesos de la esfera privada de la vida se relacionan directamente con la esfera pública, pues a través de ello también logran establecer lo que he denominado *colectivización*, dado por la feminización del espacio público que en este caso se posibilita a través de la vinculación, al menos más abierta, con las distintas organizaciones.

Me sorprendí cuando me eligieron, yo llegaba a la reunión con mi candidato cuando de pronto me ponen a mí. Me sentí bien mal verá, porque uno dice: ¿yo?, ¡y mujer! ¿Y mis hijos? ¿Y mi esposo qué va a decir? En aquel entonces no estaba mi esposo aquí, estaba en Estados Unidos. Yo les dije que no quería saber nada, pero ahí me insistieron. Yo a mi esposo ni le conté porque a él esas

cosas no le gustaban (se ríe), peor que vaya a estar liderando una organización, con el tiempo le fui contando poco a poco... Los primeros días y meses que una es dirigente sí da miedo de enfrentarse a las reuniones, de conducir una comunidad y cuando nos llevaban a Azogues, sí tenía vergüenza pero ya luego poco a poco se va haciendo cotidiano (Celena, 2011).

Vale señalar que la colectivización no se evidencia únicamente en la mayor presencia de mujeres en los espacios públicos de la organización política local, sino que además se puede mirar en los espacios informales que las mujeres toman para sí, en donde se reúnen y comparten cotidianamente más allá de sus hogares nucleares. La feminización de la localidad así como los procesos de individuación también conllevan mayor interacción y cercanía entre mujeres, así como una especie de toma de los espacios públicos como plazas, parques, instituciones, entre otras.

Lo público y lo privado pierden muchas veces frontera, más aún cuando están atravesados por procesos de constante transformación como los que la migración posibilita. Existe una estrecha y compleja relación, real y simbólica, entre ambas esferas para el mantenimiento de la estructura patriarcal, modificar esta dualidad atenta el orden de género establecido y la migración transnacional justamente hace eso. Así mismo, Haraway (1995) alude a cómo el sujeto cyborg deja de establecerse bajo la polaridad público y privado como principio de acción política, lo que además conllevaría a remodelar la clásica dicotomía entre naturaleza y cultura, es decir rompe los clásicos binarios.

El estudio sobre mujeres indígenas realizado por Cervone (1998) recoge y estudia liderazgos femeninos en espacios rurales en la sierra centro-sur y en la Amazonía, sostiene que existe una

Imagen de que el liderazgo de las mujeres, sobre todo de la sierra, se basa en una noción de “cargos familiares”. Es decir, tanto hombres como mujeres cabezas de familia reciben un determinado encargo o papel comunitario... Las mujeres cobran paulatinamente visibilidad y autonomía en la medida en que el aumento de la migración masculina, les requiere como reemplazo de los hombres (Cervone, 1998: 86).

En muchos de los casos estudiados, las mujeres han reemplazado directamente a los hombres en la organización: “Yo entré a la directiva porque como no estaba mi papá, me tocaba asistir en su reemplazo y ya luego me quedé” (Vero, 2011). Hay que señalar

que estos espacios organizativos comunes son muy relevantes sobre todo entre las comunidades indígenas.

Sin embargo, el sentido de la participación de las mujeres ya no es solamente suplantar una ausencia y representar a la familia. La organización se ha transformado en un lugar importante para las mismas mujeres: un espacio de empoderamiento, de intercambiar con otras, así como un lugar de reconocimiento y posibilidad de negociación con ciertos poderes locales. Ello les ha permitido a su vez formarse, adquirir experiencia y destrezas, entre otras herramientas:

Es bonito entrar a la organización, se hace amistades, se hace cosas (Eliza, 2011). Siempre nos estamos reuniendo para hacer cursos de capacitación, nos reunimos cada jueves para capacitarnos con los semilleros de hortalizas, para hacer las siembras, nos han dado semilla de pasto, nos estamos proponiendo trabajar en mingas (Celena, 2011).

A esto debe sumarse el trabajo de las ONG en la zona, que han introducido enfoques de género en su intervención social, en muchos casos aprendido retóricamente por las mujeres. A pesar de ello, han promovido el trabajo organizativo y en algunos casos asalariado de las mujeres, aunque en su mayoría se trata de trabajo voluntario o con salarios muy bajos. Así podemos constatarlo en las palabras de una promotora de la organización agroecológica Chullay Mikuna:

En el trabajo he aprendido muchas cosas, a mí no me interesaba mi trabajo al principio y me pagaban un sueldo bajísimo, pero no salí porque me gustó aprender a cuidar los huertos de los compañeros... Antes trabajaba sólo de reemplazo en el colegio de Educación Bilingüe nomás, de ahí en alfabetización en escuela de adultos y ahora en la Chullay Mikuna (Paty, 2011).

De otro lado, la migración internacional ha significado fuertes cambios en el orden de género tanto intrafamiliar como comunitariamente como mayor autonomía y libertad en el uso de su tiempo, así como mayor reconocimiento de su trabajo; estos cambios que son significativos para las mujeres entrevistadas y para la comunidad.

Ahora ya no me dice nada (refiriéndose a su esposo retornado), al pasar del tiempo le he ido convenciendo poco a poco, más bien ahora me pregunta que a dónde me toca ir, yo le digo por ejemplo que no tengo que irme, y me dice: ¡ah, milagro que te vas a quedar en la casa! (Anita, 2011).

Antes no valoraban nada (refiriéndose a la comunidad) todo el trabajo que se hace, dejando la casa y todo, pero ahora siento que ya nos respetan más, hasta a

veces ya prefieren que sea mujer mismo la que esté al frente o en la directiva (Natalia, 2011).

Pese a los cambios mencionados que van desde nuevos acuerdos intra-familiares, hasta mayor reconocimiento en el espacio comunal para el quehacer femenino, como casi todos los procesos sociales, éste muestra una carga de contradicciones en que aparecen nuevos mecanismos de control y renovadas formas de reproducción de los roles tradicionales. Así, cuando preguntamos por qué la organización es un espacio femenino, responden:

Porque en la zona rural sigue dándose que las mujeres no tienen nada que hacer, y ellas tienen que irse a las reuniones, y así inició, ellas van porque los maridos tienen cosas más importantes que hacer y ellos lo ven así. Cada vez que van a una reunión ellas quedan elegidas. Pero yo veo que las mujeres nos sensibilizamos más a la situación y así mismo esa responsabilidad. Antes ellos decían vos tienes que irte y ellas hacían caso, ahora en cambio ya hay más esa sensación de que yo sí puedo, y si hago es porque yo quiero, ya no porque alguien me mandó ni nada. También veo que es porque tenemos esto de mujer de pensar que podemos servir y hacer algo para el bien de los demás (Micho, 2011).

Así mismo, en el ámbito comunitario el trabajo de las mujeres es menos reconocido material y simbólicamente que el de los varones. En muchos casos, las organizaciones más institucionalizadas mantienen a varones en los cargos más altos y “técnicos” y las mujeres hacen actividades que, si bien son fundamentales para el sostenimiento del colectivo, son valoradas como ayudas o colaboraciones antes que como trabajo. La esfera de poder, en donde se toman las decisiones para todos, es en gran parte masculina.

La mayor parte de hombres no les gusta, dicen como que la mujer no va a poder o no nos corresponde. Aquí en la comunidad las mismas mujeres dicen que no pueden, que no saben hablar. Yo digo ¡no!, si todos podemos, tenemos igual derecho, igual dignidad (Celena, 2011).

Hay que destacar, por un lado, que este activismo femenino no ha significado una ruptura con el espacio de la reproducción que sigue estando al cargo casi exclusivo de las mujeres; y, por otro lado, que el trabajo femenino es cada vez más grande: son las encargadas del cuidado familiar, su quehacer como campesinas dada la falta de mano de obra masculina para el trabajo agrícola, sumado a las dinámicas organizativas se

vuelven una triple carga para las mujeres y no necesariamente un mecanismo de emancipación.

Es complicado estar al frente de la comunidad y a la vez ser ama de casa, hay semanas que tengo que viajar y es complicadísimo dejarles a los chicos que están en el colegio, en la escuela, mi hijo que es especial (discapacitado). Gracias que ahora estoy viviendo con mi nuera, sino tocaba dejarles haciendo todo. Si es bien complicado... Si no, antes era bien sacrificado ver a los animales y a veces lavaba en las noches hasta las diez y luego levantarse a las 5 de la mañana para dar de comer a los animales (Marcela, 2011).

Este testimonio además nos muestra cómo el cuidado se gestiona colectivamente entre mujeres de la misma familia; es poco común que el acceso a la organización represente para las mujeres compartir el trabajo reproductivo con los varones de la familia, son ellas mismas u otras mujeres las que asumen estas actividades.

Esto puede evidenciarse perfectamente en un taller llevado a cabo con el grupo de mujeres de Zhud realizado en el marco del proyecto PIC de FLACSO. Las participantes desarrollan y describen las actividades que realizan en la familia, éstas van desde la alimentación de los animales menores, cuidado afectivo, elaboración de alimentos, limpieza, trabajo en la huerta, salud de hijos y cónyuges. Adicionalmente, caracterizan a estas actividades como “interminables”, absolutamente necesarias e ineludibles.

Así mismo, las mujeres de Zhud ponen en evidencia que la principal dificultad que encuentran en su espacio familiar y comunitario es el poco apoyo para realizar las actividades reproductivas de la cotidianidad y, en muchos casos, afirman que la emigración hace más grande ese trabajo, pues muchas de ellas cuidan a sus nietos o sobrinos y además muchas otras deben realizar trabajos pagados como empleadas domésticas y jornaleras. Las mujeres del campo trabajan 82 horas y 58 minutos cada semana en promedio, es decir, 22 horas más que los hombres del campo y ocho horas más que las mujeres de la ciudad. Las mujeres rurales son las que más trabajo no remunerado hacen: el 60% de su trabajo, o sea, seis de cada diez horas que trabajan no son pagadas (Carrión, 2011).

De todas maneras, el trabajo reproductivo no remunerado que hacen las mujeres no migrantes es concebido como una actividad sin valor social para la generalidad de la comunidad como para las mismas mujeres. La migración en ese ámbito cobra no sólo un sentido de beneficio material concreto sino además un valor simbólico entre los habitantes en calidad de marcador de riqueza y prestigio en la zona.

Por otro lado, para algunas mujeres la migración, aunque no se haya concretado, aparece como la “única opción”, sobre todo para aquellas que no son propietarias y por tanto no tienen acceso a tierra para trabajar, más aún aquellas madres solteras con poco acceso a educación formal. Sin embargo, esta “única opción” no es una posibilidad realizable para todas y, paradójicamente, lo único que puede sostener a estas mujeres tan marginadas es la producción agrícola desarrollada en terrenos de familiares o arrendados que, pese a no ser rentable, es la última vía para sobrevivir. Las mujeres en in-movilidad, indígenas y campesinas sin apoyo de remesas, son las más empobrecidas, su sobrevivencia puede lograrse solamente en la precariedad del campo y su producción agrícola, mismos que analizaremos a continuación.

Como se ha visto, la vida cotidiana de las mujeres en movilidad o en “in-movilidad” expresa procesos ambiguos tanto de empoderamiento como de sobrecarga de trabajo. Estos tienen que ver con elementos estructurales tales como su posición precaria y subordinada en el mercado laboral, pero también con las marcas de dominación de género, etnia y clase. En ese sentido, el género no es simplemente una variable a medir en los procesos migratorios sino un conjunto de relaciones sociales que organizan los patrones de inmigración (Malher y Pessar, 2006).

Cuando el género se concibe y se practica dentro de las distintas escalas y los distintos espacios transnacionales, a menudo encontramos incoherencias y contradicciones. El patriarcado es desafiado y reforzado por las acciones de los migrantes transnacionales a través del espacio geográfico y la agencia en las distintas escalas (Malher y Pessar, 2006). En definitiva, las mujeres que se quedan, al constituir parte del proceso migratorio, también tienen agencia y posibilidades de transformación principalmente en la escala familiar y local-comunitaria; sin embargo, al mismo tiempo están más expuestas al control y a la sobrecarga de trabajo.

CAPÍTULO IV
MEDIO AMBIENTE, PRODUCCIÓN AGRÍCOLA, MIGRACIÓN: LA
CONSTRUCCIÓN SOCIAL DEL ESPACIO QUE HABITAN LAS MUJERES
EN “IN-MOVILIDAD”

Una vez analizada la experiencia particular de la migración en el caso de las mujeres que se han quedado, y en otros, retornado a la zona baja del cantón Cañar, en este capítulo se abordarán las relaciones que ellas establecen con el espacio que habitan y cómo entienden, sienten y modifican ese espacio.

En primera instancia, se pretende mirar las relaciones que se dan entre migración y medio ambiente y cómo ello afecta a las mujeres que son las que viven en y del campo en esta zona. Luego me centraré en la construcción social del espacio, cómo conciben y construyen las mujeres el lugar donde viven y cómo justamente su experiencia migratoria del “permanecer” marca la forma en que construyen el sitio que habitan.

Este capítulo cuenta entonces con dos partes. En primer lugar se tratará la relación circular entre migración y medio ambiente, mirando particularmente cómo los procesos migratorios influyen en los modos de producción agrícola, cuáles son los cambios tanto estructurales como coyunturales del deterioro ambiental y la producción agropecuaria de la zona, pero sin perder de vista la división de género en los modos, accesos y responsabilidades que hombres y mujeres tienen frente al espacio natural y a la producción agrícola particularmente.

En segundo lugar nos centraremos nuevamente en las mujeres de la zona, haciendo un análisis de los resultados del taller de cartografía social realizado con un grupo de seis mujeres cuyos casos fueron más relevantes para la investigación. Esta experiencia muestra, de manera más profunda, las representaciones que ellas hacen del espacio, centrandó la atención en los sitios de mayor importancia y afecto para las mujeres en relación con los procesos migratorios de la zona, esos sitios son sus hogares y su comunidad, en donde los migrantes aparecen desde la ausencia.

Una vez más, el análisis de la información se hará de manera relacional entre hombre y mujeres, migrantes y no migrantes, y se colocarán algunas diferencias dadas por la pertenencia étnica que se han podido identificar en el trabajo de campo.

Sobre la relación entre migración, producción agrícola y medio ambiente

Uno de los hallazgos más persistentes del trabajo de campo realizado en la zona es que efectivamente la migración tiene una relación directa con el estado y calidad del medio ambiente. Es decir, aunque no de manera explícita, los habitantes del cantón entienden que la emigración se da por la imposibilidad de vivir del campo, ya sea por temas sociales como la precarización estructural de la ruralidad, como por temas ambientales tales como la degradación de tierras y agua y el cambio climático. Así mismo, la migración impacta de formas distintas a ese espacio natural, modificando las maneras y la intensidad de la producción agropecuaria principalmente. Cabe aclarar que este impacto de la migración sobre la producción agrícola depende de varios otros factores como el modelo alimentario global, la crisis ecológica y la economía nacional.

Las limitadas condiciones para producir ya sea por acceso a tierra y agua, la falta de crédito y regulación de los mercados, se exagera con la degradación ambiental de la zona dada por motivos muy locales como el crecimiento de la frontera agrícola en páramos, la devastación de bosques primarios y la sustancial reducción de caudales hídricos, sobre todo en la zona baja, así como por razones más globales como el cambio climático que, con el aumento de la temperatura del ambiente, provoca el apareamiento de nuevas plagas y a su vez hace poco predecible las estaciones naturales del año y, por lo tanto, rompe con los ciclos agrícolas tradicionales:

Ahora casi se siembra de corrido, ya no se sabe cuándo es verano, cuando hay lluvias (Eliza, 2011).

Para sembrar toca calcular el tiempo, pero ahora ya no se puede estar seguros porque llueve cuando no es, por ejemplo, este año que llovió en junio; o los vientos también han cambiado, eso dañó toditos los cultivos este año. Ahora ya no se puede predecir como antes sólo a “ojo de sol” se decía, ahora ya nada (Sara, 2011).

Hay un cruce multicausal en este panorama de degradación ambiental-productiva, que atraviesa problemáticas sociopolíticas y también ambientales. El sistema capitalista genera dos caras de la misma moneda, por un lado, una pobreza extrema que hace que las personas se vean obligadas a usar de forma no sostenible los recursos naturales que poseen y, por otro lado, un grupo de privilegiados que consumen de manera irracional y también ecológicamente degradante. De esta forma, la ecología política determinaría

que la causa principal del daño ambiental global es el mismo sistema capitalista, incapaz de generar equidad (Castro Herrera, 2002).

Esta explicación estructural es perfectamente aterrizable y evidente en la zona de estudio. Es la exclusión estructural la que ha generado en primera instancia procesos migratorios en condiciones tan vulnerables en trayectoria y en destino; y es esa misma exclusión la que incide en el mal uso de los recursos naturales tales como el monocultivo de la tierra, la ganadería intensiva y la deforestación del bosque de San Anselmo para el caso de la zona baja del cantón Cañar.

Antes de que el bosque se deforestara, gran cantidad de la población de la parroquia de Chontamarca vivía de acerrar madera; cuando el bosque dejó de ser una fuente de ingreso importante, muchas personas, particularmente hombres que realizaban esta actividad, debieron emigrar. Este proceso ocurre a finales de los años 90, es decir, paralelamente al último “boom migratorio”: “Antes de que se vaya él (su padre) era agricultor y se dedicaba a acerrar... Antes todos en la comunidad vivíamos de eso, pero ya no hay qué acerrar” (Sonia, 2011).

Esa exclusión que condiciona a las personas a usar recursos naturales no renovables de forma extractivista responde a un proceso histórico en el Ecuador. Es así que estas poblaciones que provienen de regímenes hacendatarios pasaron a una reforma agraria que generó una forma de distribución de la tierra basada en el minifundismo (2 ha por persona en promedio) y principalmente un acceso inequitativo a todos los insumos necesarios para una producción agrícola, como el agua, que es el principal problema en la zona, para finalmente colocar a la población en los nichos laborales más precarios de los espacios globales más privilegiados del mundo como Estados Unidos.

Este proceso histórico muestra que la pobreza social es un importante factor en el empobrecimiento del mundo natural, que ambos tipos de pobreza son el resultado de un mismo conjunto de causas estructurales que han venido operando a lo largo de períodos muy prolongados de tiempo y que, al contrario de lo que el neoliberalismo pregona, no pueden resolverse únicamente con el crecimiento económico sino con equidad global (Castro Herrera, 2002).

De acuerdo con el trabajo de campo, los motivos de la degradación ambiental y agrícola de la zona baja del cantón Cañar no están por fuera de esta lógica estructural del capitalismo como generador de la insustentabilidad ecológica y social; en ese sentido, quiero mostrar la multicausalidad de este fenómeno para el caso de estudio.

Por un lado, el mercado potencia el monocultivo pues, al no estar regulado, hace poco rentable para el campesino comerciar otros productos tradicionales, por ejemplo. El mercado, además, impide una correcta regulación de precios y de competencias que garanticen al agricultor que su trabajo tendrá beneficios. Así mismo, el modelo alimentario mundial coloca productos en ese mercado que, aunque provenientes de lugares muy lejanos, poco saludables y generadores de desechos, son más accesibles para las familias campesinas de la zona, incluso más que su producción de autoconsumo. Con todo esto es casi imposible para los campesinos mantener la variedad de los productos, atados a la mono-producción se hacen cada vez más dependientes de agroquímicos que a su vez degradan el suelo y el agua.

Esta realidad puede evidenciarse en el cultivo de papa principalmente; el precio de este producto es totalmente impredecible para los campesinos, sin embargo, su demanda en el mercado les brinda una mediana certeza de venta, por eso los cañarejos siembran gran cantidad de este producto en detrimento de otros como la oca, mashua, mellocos, entre otros. “La papa cuesta 25 dólares acá, pero en Guamote cuesta sólo diez el quintal, a veces mejor traen de allá. Es bien difícil vender” (Micho, 2011).

Paralelamente, al ser los mercados tan inestables sobre los precios, la variedad y especies agrícolas, los campesinos se ven obligados a alejarse de la producción agrícola y dedicarse a actividades económicas “más seguras”, ese es el caso de la producción lechera que fomenta el cultivo intensivo de pastos mejorados, encadenando a los productores nuevamente al uso de agroquímicos y agro-estimulantes. La ganadería intensiva repercute fuertemente en las condiciones del suelo y es uno de los factores más fuertes en la generación de gases de efecto invernadero, acaba con la fitodiversidad y con el ecosistema del páramo y la principal fuente de agua (García, 2010).

Como todas estas estrategias son altamente falibles, los trabajadores del campo encuentran una última opción: la migración, misma que sólo puede realizarse a través de los circuitos transnacionales más precarios; la migración también está determinada por ese sistema de exclusión, pues no se presenta como una opción para los que participan de ella, colocándolos en la posición de irregularidad y clandestinidad que vulnera su vida y naturaliza la violencia como única opción hacia mejores condiciones de vida.

Estas migraciones impactan ahora, en contrapartida, en los mismos tipos de actividades productivas ya descritas anteriormente y, con ello, en el equilibrio ambiental de la zona. Si las personas que han salido de este espacio rural lo han hecho por las condiciones poco aptas para desarrollar su vida y la de sus familias frente a la

agricultura y el medio ambiente, evidentemente procurarán invertir sus remesas en las actividades productivas más “seguras” de ingreso para sus familias y para su retorno, pues el retorno es una idea recurrente en la mayoría de los casos.

De esta forma, las remesas son invertidas con frecuencia en la compra y mantenimiento de ganado lechero y, por tanto, en el mejoramiento de pastizales en detrimento de ecosistemas naturales y de la misma agricultura tradicional. Al abandono de la producción agrícola debe sumarse la falta de mano de obra en dos sentidos: por una parte, la ausencia material de los varones que han emigrado y, por otro lado, las remesas que hacen que aquellos que se quedan no vean como opción trabajar en el campo ni si quiera en calidad de jornaleros, pues esto representa un trabajo extremadamente duro para los réditos que brinda; además de la poca valoración económica, esta actividad tiene poco valor social. En este sentido, de acuerdo con los testimonios de los actores indígenas, la emigración, aún que no de forma exclusiva, incidiría también en la ruptura de los sistemas de trabajo agrícola comunitario.

Un problema importante que tenemos es que ya no existen mingas de producción, el “cambio de mano” ya no funciona, ni por plata quieren dar trabajando. Esta falta de mano de obra se da porque la mayoría de hombres están en Estados Unidos (Miriam, 2011).

En consecuencia de esta situación, la alimentación deja de estar ligada a la producción propia y se vuelve objeto de los mercados que, como ya hemos dicho, colocan a disposición de los consumidores productos alimentarios de baja calidad provenientes de las industrias alimentarias transnacionales, mismos que ahora pueden ser comprados con el dinero de las remesas, impactando así en la soberanía alimentaria y, por supuesto, en la calidad de la nutrición de los habitantes: “Nosotros terminamos vendiendo cuatro litros de leche para comprar una coca cola” (Freddy, 2011).

Otra de las actividades en las que se invierte con frecuencia las remesas es en cultivos de grandes extensiones de papas que, a pesar de no ser tan rentable y seguir siendo poco segura en relación con la producción lechera, representa alguna ganancia para los campesinos; sin embargo, este producto requiere de gran cantidad de agroquímicos, incluso los más tóxicos que ya han sido prohibidos en el mercado y son muy perjudiciales para el suelo y el agua.

En resumen, las condiciones medio ambientales y los accesos inequitativos a recursos y mercados limitan, como se ha visto, la producción agrícola sustentable. A su

vez, esto impacta en las iniciativas migratorias, que son procesos que cambian el circuito de la producción-consumo-producción, así los campesinos experimentarían el fenómeno de separación, en este caso a través de las remesas, entre consumo y producción, separación propia del sistema capitalista.

Ahora bien, la correlación entre migración y ambiente descrita coloca a mujeres y hombres en situaciones diferentes, y coloca también a migrantes y no migrantes en posiciones disímiles frente a ese espacio natural que es su “casa”, ya sea en presencia o en ausencia. En ese sentido, las mujeres que se han quedado en la localidad, las que no migraron desarrollan formas particulares de relación con el medio ambiente y con la producción agrícola.

Así por ejemplo, el acceso y el control a recursos como la tierra está ejercida por hombres y mujeres, del siguiente modo: los hombres controlan el agua de riego y las mujeres el agua de consumo humano; existe acceso de los hombres al capital pero el mismo es administrado por las mujeres al interior de la familia, ello no implica necesariamente el control de los recursos por parte de las mujeres (Arboleda, 2006). Esta división por género frente a los recursos naturales se ve afectada por la migración, es así que las mujeres en muchos casos deben entrar en la administración del agua de riego por la ausencia física de los hombres migrantes, pero además siguen a cargo del control del agua para consumo humano.

Así mismo, se evidencia una especie de conocimientos diferenciados sobre la agricultura entre hombres y mujeres que se exagera en muchos casos por la migración diferenciada por género. En el caso masculino dicho conocimiento se relaciona con la producción agrícola a gran escala, producción que se destina a la comercialización primordialmente, tal es el caso de cultivos de papa o la crianza de ganado pese a todas las dificultades que existen en los mercados locales y la economía campesina.

Yo cultivo hortalizas, él (su marido) papa” (Vero, 2011).

A veces me quedo haciendo algunas manualidades en la escuela y vengo a mi casa a ayudar a mami a cocinar, lavar y en el huerto. A veces voy al terreno abajo, de mi papi a ayudar, ese terreno si es grande, saca de todo y entrega para la venta (Vero, 2011).

La vinculación más inmediata con el mundo de la economía monetaria ha colocado a los hombres en otras actividades productivas extra agrícolas como la construcción y el transporte principalmente, ambas muy comunes en la zona, la primera previa a procesos

migratorios y la segunda en retorno. La misma migración ha definido estos mercados de trabajo, por un lado, la principal inversión de los emigrantes se orienta a la construcción de grandes viviendas, actividad en la que muchos locales se han ocupado de manera asalariada; así mismo los migrantes retornados invierten con mucha frecuencia en vehículos de trabajo, sobre todo camionetas, así la opción masculina de empleo al retorno es en muchos casos el transporte. Esto ha implicado un alejamiento significativo del trabajo del campo y, por tanto, un considerable desconocimiento respecto de la producción agropecuaria: “El no sabe nada mismo de las plantas, como sólo trabaja en el camión, me toca enseñarle” (Celena, 2011).

Así mismo, de acuerdo con las entrevistas realizadas, los migrantes retornados adquieren un sentido práctico de alguna manera diferente a las lógicas locales, lo que impide la conservación (entrevista a técnico de una organización agro-ecológica, 2010). Este sentido práctico, se vincula directamente a la “razón instrumental” y también a las mismas experiencias en destino. Así, por ejemplo, varios actores locales afirman que las familias con migrantes no ven ya utilidad en el trabajo agrícola ni en el trabajo comunitario en mingas.

Antes los padres organizaban la producción, llevaban a las mingas. Ahora ya no, y todo lo que mandan de dinero ya hace que los hijos que se quedan no quieran trabajar la tierra, más bien tienen celulares a la mano, sus carros y ya no se dedican al trabajo del campo (Taller Proyecto PIC, 2011).

A pesar de ello, las actividades productivas de las mujeres que se quedan están más cercanas a la pequeña huerta, cuya producción garantiza la alimentación de la familia así como el cuidado de animales menores, actividades orientadas a la satisfacción de las necesidades más inmediatas y directas de sus hogares:

Por problema de la migración, las mujeres estamos casi encargadas de toda la producción, y aunque no nos dé para vender, tenemos para comer. No podemos sacar al mercado porque no hay mano de obra, ya no hay hombres que ayuden a trabajar, no hay quien are, labre y trabaje la tierra. Nosotras más que sea a pico y pala sacamos para comer solamente (Taller Proyecto PIC, 2011).



Mujeres labrando la tierra, zona baja Cantón Cañar 2011

Si bien las labores de cuidado y pequeña huerta han sido actividades femeninas a lo largo de la historia local, la migración en particular ha permitido que esta relación se afiance en muchos casos, y también, que tome una dimensión de exclusividad para las mujeres; pero además, dicha situación ha sido redimensionada por los procesos de politización vividos por las mujeres que se queda, pues éstas ven en su trabajo ligado a la huerta una labor de importancia social y ambiental, reconocen su trabajo y lo enfatizan, generando a su vez conciencia ambiental.

Desde que entré en la organización ya no uso químicos en mi huerta... Nosotras ya sabemos que cuidar nuestra chacrita es lo más importante para la buena alimentación de nuestras familias, y eso más, no contaminamos el ambiente... Hacemos bastante, cuidamos las fuentes de agua con el Comité y en la casa sembramos limpio (Vero, 2011).

Así mismo, las actividades de las mujeres que se quedan y las remesas que reciben de sus familiares migrantes son invertidas con mayor frecuencia en resolver la reproducción de la familia como en educación, salud, alimentación y la huerta de autoconsumo.

Mis hijos sí mandan alguna cosita, con esa platita yo compro semillas para mi huerta (Vera, 2011).

Yo trabajo ahora en el campo, con mis animales y en el huerto. Y con lo que manda él es para la escuela y la comida que haga falta. Pero a veces falta, todo es

caro ahora, estoy endeudada. Acá en la casa quería poner una tienda pero él no apoya, ahora tenemos problemas (Eliza, 2011).

Herrera (2006) muestra cómo las remesas tienen un uso diferenciado por género, poniendo en evidencia que en mucho los hombres privilegian invertir las en la comunidad con el fin de adquirir estatus, como en fiestas, viviendas y vehículos, mientras que las mujeres prefieren orientar el uso de las remesas a la familia propiamente dicha.

A pesar de que muchas mujeres en “in-movilidad” reciben remesas, estas se han visto, en la mayoría de los casos, obligadas históricamente a trabajar y vivir de la tierra y de la huerta que, como hemos señalado, es la actividad económica menos rentable hoy por hoy en la zona. Sin embargo, esa situación, provocada por las estructuras económicas y genéricas, exacerbadas por la situación de la migración masculina en la zona, ha decantado en que las mujeres se hallen más cercanas a la localidad y que participen de procesos de cuidado ambiental con mucha convicción.

Nosotras como mujeres tenemos una relación directa con la naturaleza, con nuestra Pachamamita, como decimos nosotras, porque siempre estamos en contacto, cuidamos a los animales: cuyes, puercos, ganado, pollos, borregos. Después está la agricultura, los sembríos; guardamos la semillas para las siembras, estamos pendientes de las lluvias para ver cuándo sembramos porque lamentablemente acá en la parroquia no todos tenemos riego, ya en junio y agosto vemos por las cosechas de maíz, trigo, cebada, en otros lados, oca, melloco, papas, habas, arvejas. En la casa también cuidamos a todos, por ejemplo, si los maridos están trabajando en el campo, nosotras seguimos con el almuerzo y también acompañamos directamente al lugar de trabajo. También participamos en las mingas comunitarias: en las juntas de agua potable, en las escuelitas, carreteras, trabajo de cementerio (Taller Proyecto PIC, 2011).

Esta cercanía de las mujeres en “in-movilidad” a la tierra así como el trabajo agrícola cotidiano en la pequeña huerta, que se ha hecho más evidente frente a la masculinización de las migraciones internacionales vividas por la población cañareja, conllevan algunos beneficios en el plano ambiental y de la salud, pues ayudan al mantenimiento de la diversidad de los productos agrícolas y contribuyen a hacer una producción más limpia. Como la producción realizada por las mujeres no se destina mayoritariamente a los restringidos mercados, permite diversificar la producción con hortalizas y granos que, tanto en el sistema alimentario global como en la zona, son cada vez más escasos.

Yo cultivo maíz, fréjol, alverja y hortalizas de toda clase. Todo es ecológico, nunca he usado agroquímicos, y luego ya la ONG (Chullay Mikuna) nos capacitó para hacer Biol³ y otros abonos, pero yo toda una vida he cultivado orgánico... Tengo también aves y cuyes; ganado no tengo (Celena, 2011).

Estas actividades que las mujeres realizan en muchos casos procuran ser más armónicas con la naturaleza y el medio a la vez que cuidan de la soberanía alimentaria de sus familias y, de alguna forma, de sus comunidades. Sin embargo, es necesario matizar, en este punto, que este trabajo tan positivo en general representa para las mujeres una carga y un coste muy altos, pues sólo puede hacerse desde los márgenes en los que las coloca el sistema socio-económico, y también representa una gran carga de trabajo, poco tiempo para sí mismas y limitadas herramientas de agencia en relación a los varones y a otras mujeres con más oportunidades y accesos.



Abono orgánico, usado por las campesinas en sus huertas, Cañar 2011

Así mismo, como bien es sabido, su dependencia tan cercana a la producción agrícola las coloca en alta vulnerabilidad frente a las crisis sociales y ecológicas del medio. El deterioro ambiental y el cambio climático afectan con mayor fuerza a las mujeres, cuya vida y la de sus familias dependen directamente de la producción agrícola y por tanto del equilibrio ambiental.

³ El Biol es un abono folial natural que se prepara con distintos desechos orgánicos de animales o guano, chico, ceniza, alfalfa, azúcar, entre otros. Se fermenta la mezcla y luego que la disuelve en agua para el riego de plantas.

Por ello, estas mujeres, estimuladas en muchos casos por organizaciones como ONG locales, sin detrimento de la sobrecarga de trabajo y la no siempre reconocida tarea que hacen como se ha descrito en el capítulo anterior, emprenden procesos organizativos de cuidado ambiental, pues su relación con el entorno les permite entender la importancia de mantener los espacios naturales y protegerlos de manera colectiva.

Son varios los factores que han posibilitado que en su mayoría sean las mujeres las que se organicen alrededor de la protección del medio ambiente, sin embargo la migración masculina es un factor muy importante, pues ha puesto en evidencia el trabajo de las mujeres frente a la huerta y en relación al medio en general, trabajo que antes posiblemente estaba muy naturalizado. Con ello, se ha generado una suerte de conciencia ambiental por parte de las mujeres que ahora reconocen su labor frente al medio ambiente y la producción agrícola; y que además, por la misma migración, tienen mayor acceso a espacios organizativos.

Es importante señalar, para finalizar este apartado, que existen ciertas diferencias entre mujeres mestizas e indígenas, en el sentido de que las mujeres indígenas parecen tener una cercanía más práctica con el campo, ello se refleja en sus prácticas cotidianas de trabajo e interacción constante, casi inconsciente con la naturaleza; ellas no manejan un discurso sobre el medio ambiente, al contrario, el campo aparece como algo inherente a su vida, casi obvio, pues sus actividades giran constantemente en torno a la producción agrícola. Mientras que en el caso de las mujeres mestizas se denota la existencia de prácticas cercanas también al trabajo del campo dado por su condición de campesinas, pero se hace más presente un discurso aprendido, sobre todo desde las ONG de la zona, en muchas ocasiones repiten la información que este tipo de organizaciones difunden, así mismo, con mayor frecuencia se vinculan a otras actividades extra agrícolas como el mismo trabajo asalariado.

La problemática en torno a los cruces que se tejen entre migración, ambiente y género en el caso estudiado muestra una clara tensión entre la estructura y la agencia. Por una parte, el sistema mundial produce condiciones de precarización en que se vulnera de forma particular a pobres, campesinos e indígenas y a mujeres; y sin embargo estos actores también se posicionan frente a esa estructura de una manera particular, la adaptan y modifican usando su lugar y su voluntad.

Sobre la construcción social del espacio que habitan las mujeres no migrantes. La cartografía social como herramienta

Constatar que las mujeres en “in-movilidad” establecen una relaciones algo diferente con el entorno natural y con la producción agrícola por causas sociopolíticas y estructurales propias de una economía política global y por circunstancias específicas de la localidad, principalmente las formas de los procesos migratorios, nos lleva a plantearnos cómo ellas recrean esas estructuras en el espacio.

De acuerdo con Milton Santos (1986), el espacio es un ámbito más de la vida, como la cultura, la política, la economía; en esa medida, la instancia del espacio contiene y es contenida por las demás, así por ejemplo, la economía está en el espacio como el espacio está en ella. Esto implica ante todo que “la esencia del espacio es social” y se compone no solamente de la naturaleza y los objetos en su interior, sino que ella conjuga de manera irreparable con lo social, esto es la manera en que esos objetos son distribuidos, entendidos y mostrados (Santos, 1986). Esa doble contención entre lo social y lo espacial denominado paisaje es lo que quiero recrear en este apartado.

Los lugares, que son fotografías del movimiento social del espacio, están en constante construcción, pues existe, según el mismo Santos, en una relación dialéctica entre la acción y la forma. El significado de un lugar puede darse solamente de forma contingente, en un momento y sitio específicos.

Además cada lugar tiene, en cada momento, un papel propio en el proceso productivo. Este, como es sabido, está formado de producción propiamente dicha, circulación, distribución y consumo (...). Sólo la producción propiamente dicha tiene relación directa con el lugar, y de él adquiere una parte de las condiciones de su realización. El estudio de un sistema productivo debe considerar esto, tanto si nos referimos al dominio agrícola o al dominio industrial (Santos, 1986: s/p).

El caso de estudio nos remite a un sistema productivo agrario acompañado de estrategias migratorias; en dicho sistema las actividades de las mujeres en “el quedarse” y sus prácticas cotidianas están estrechamente relacionadas con el quehacer en el campo, el pequeño huerto y animales menores.

La producción agrícola, la distribución de estos recursos y el consumo de los mismos se realizan en sus hogares y en sus comunidades, como nos muestra el mapa a continuación, donde podemos observar precisamente que el lugar es representado en

referencia gráfica a los productos de la pequeña huerta familiar donde la producción es realizada, sus comunidades donde se hace la distribución y sus hogares como sitio consumo.

Se puede identificar los diferentes elementos del espacio, al menos los más relevantes según Santos (1986), el medio ecológico, resaltado en los bosques y el campo en general; las infraestructuras de creación humana en las viviendas y vías, así como en los huertos que son maneras de intervención en el medio ecológico; la institución de la familia primordialmente que, si bien no es tan visible en el dibujo, sí lo es el discurso que acompaña al gráfico, además de la iglesia y la escuela que parecen siempre importantes para las participantes; y las personas que aparecen, particularmente los niños y los vecinos, los cónyuges o familiares migrantes varones, son representados regresando al lugar o desde la ausencia.

Este último elemento es interesante pues aunque las personas migrantes no son graficadas en el mapa, se hacen presentes en el espacio de formas distintas, desde la casa hecha con las remesas, hasta la familia y la comunidad que interactúa y recuerda a los viajeros. Incluso las participantes usan como sitios de referencia los lugares a los que se desplazan los migrantes, como La Troncal y Cañar cabecera cantonal. Todos estos elementos, los que se ven en el gráfico así como los que no necesariamente están dibujados, en interrelación constituyen el todo del espacio, le dan forma y contenido a ese lugar.

La cartografía social realizada se orientó, en primera instancia, a representar en dónde permanecen las participantes la mayoría de su tiempo, estableciendo puntos geográficos de referencia y ubicación; para luego señalar cuáles son los espacios en que se sienten más cómodas, y finalmente determinar qué objetos o relaciones les gustan menos. Así mismo, se enfatizó en el discurso, en el relato o explicación que las mujeres hacían del lugar representado, pues es eso lo que le da un sentido particular.

Empezando por el lugar donde permanece la mayoría de su tiempo, señalan que esta es su comunidad, en donde realizan tareas voluntarias de organización y apoyo en la iglesia, escuela, entre otras; luego aparecen sus hogares y huertas donde cultivan los alimentos y cuidan tanto a sus familias como a sus animales y plantas. Es importante destacar que la conjunción de estos dos lugares es para ellas el sentido de su trabajo organizativo y lo entienden solamente en relación a este espacio, aunque en referencia a otros, donde llevan a cabo reuniones o visitas a instituciones y/o autoridades, tal es el caso de Cañar cabecera cantonal.

Las relaciones sociales tanto con la comunidad como en la familia aparecen como ambivalentes, por su lado se destacan relaciones confortables y de afecto, sin embargo, muchos de los malestares se generan en estos sitios, relaciones no siempre buenas con los cónyuges, disminución en la calidad de la comunicación con familiares migrantes, extrañamiento, entre otras. Así mismo, la comunidad se presenta como un lugar de relaciones sociales complejas, no siempre armónicas, pues ellas afirman en la comunidad la razón y la fuerza de su trabajo organizativo, pero a la vez se sienten juzgadas y poco valoradas en las relaciones sociales con sus vecinos y parientes.

Los puntos de referencia geográfica que utilizan son La Troncal y el Cañar cabecera cantonal. La Troncal, como sitio de donde provienen los recursos económicos, donde han viajado al menos por temporadas sus padres o cónyuges, además aparece como un lugar para adquirir ciertos servicios sociales y del mercado, como salud (hospital más cercano), compras de herramientas e insumos agrícolas, entre otros. Mientras que Cañar es concebido más bien como el sitio político-administrativo; pese a ello, las mujeres identifican Cañar como hostil, donde muchas veces son discriminadas por su condición de campesinas o son ignoradas, en ese sentido, se sienten más cercanas con La Troncal.

Otros puntos de referencia son el bosque de San Anselmo y la cuenca del río Bulu Bulu, que muestran una conciencia abierta respecto del deterioro ambiental de ambos lugares, el primero por tala y el segundo por disminución sostenida del caudal.

Esto evidencia que, más allá de que los problemas ambientales sean estudiados y catalogados por técnicos en la zona, es una realidad entendida y asumida por las mujeres, la que tiene mucha importancia en el espacio que habitan.

Por su parte, los espacios de mayor comodidad y afecto son los mismos en los que invierten mayor tiempo y en donde llevan a cabo los procesos productivos-reproductivos; estos sitios son sus hogares, incluyendo sus plantas, animales y, por supuesto, sus familias y vecinos.

En mi dibujo se ve dónde me siento bien, mi comunidad, la escuela, la casa de la familia de mi marido, la iglesia. En mi hogar me siento muy bien porque tengo mis plantas, mi producción que hemos aprendido a producir sano, así cuidamos nuestra salud y somos un apoyo para la casa. A mi familia que la quiero mucho, mi perrito, mi gatito, mi pollo (Taller Cartografía Social 2011).

La mayor cantidad del tiempo del taller las participantes se dedican a dibujar meticulosamente sus huertas, las distintas plantas, alimentos, flores y jardines. Además, ponen en evidencia un gran conocimiento sobre la agricultura, vinculados al estado de la luna, y de las estaciones, entre otros. Es decir las siembras, deshierbe, cosechas se piensan en relación a los ciclos lunares y condiciones climáticas, pese a los grandes cambios señalados anteriormente. Es importante señalar que la transmisión de dicho conocimiento: del cuidado de huertos y animales se transmite de madres a hijas y se mantiene entre mujeres en gran medida de acuerdo a lo observado en campo.

Las flores parece ser un espacio de mucha afectividad y una especie de “lugar propio”, a diferencia de todos los demás elementos que están configurados en relación al cuidado para otros. A pesar de que es uno de sus lugares predilectos, aclaran que solo pueden acudir a él en las tardes, una vez terminadas todas las actividades de su día.

Mi jardín es mi lugar preferido, me pongo feliz ahí. El secreto de cuidar un jardín, y toda planta, es hablarles; decirles que son bellas y hermosas, y quererles mucho, pero solo si se siente de verdad, sino no funciona. Ellas sienten, hay que amar a las plantas pero hay que decirles, hacerles sentir (Taller Cartografía Social 2011).

Así como Virginia Woolf sitúa la importancia de un cuarto propio como requisito para procurar a las mujeres un lugar de creación más allá del hogar, las mujeres de la zona baja del cantón Cañar evidencian la importancia de una especie de “lugar propio” que estaría dado en la misma naturaleza en virtud de su entorno rural. Las flores y el jardín

son sitios de recogimiento, de descanso, pero sobre todo de autoconciencia. Allí pueden dejar de lado, de alguna manera, todo el trabajo hecho para los demás y pensarse a sí mismas.

Se refieren a sus flores con amor, como una especie de evidencia de su existencia, es decir, un reflejo de sus propias emociones; las flores crecen y se hacen bellas en la medida en que quien las cuida proyecte amor, fuerza y belleza también. Verlas hermosas y fuertes parece recordarles su propia potencia.

A excepción del jardín, los espacios de mayor inversión de tiempo, de mayor afecto y de disgusto son prácticamente los mismos. Las mujeres resaltan sus comunidades, sus hogares y huertas como las locaciones donde convergen todos estos sentimientos:

No me gusta en mi comunidad la desorganización, pero en mi casa en cambio no me gusta cuando salgo a hacer diligencias y le dejo a mi hija, eso me parte el alma, pero tengo que irme, ¡no sé por qué! (Taller Cartografía Social, 2011).
No me gustan que no me hacen caso en la casa y no me gustan las plagas que acaban mis plantas (Taller Cartografía Social, 2011).
No me gusta en mi casa el conflicto de mis padres, el desorden. En la escuela, el conflicto entre compañeros de trabajo, pero en cambio va de la mano con lo que me gusta (Taller Cartografía Social, 2011).

Cabe recalcar que cuando dibujan a las personas que habitan dichos sitios, ubican a parejas, hijos o hermanos varones regresando al hogar, no como personas que están constantemente habitando el sitio, sino en ausencia o retorno, retorno del trabajo en otras localidades, de los centros educativos (universidades), o simplemente no los dibujan pero sí los mencionan en su relato. Existe una suerte de un espacio permanente para ellos, en la comunidad y en sus hogares particularmente. Efectivamente, parte de lo que hace que los sitios identificados sean lugares de sensaciones cruzadas y hasta opuestas está relacionado con esas ausencias-presencias; dicha dualidad genera emociones ambiguas de bienestar pero también de extrañamiento y conflicto.

Paradójicamente, aún siendo el lugar dibujado en este mapa el espacio en el que las mujeres “que se quedan” han sido orilladas por el sistema mundo, colocando en sus cuerpos la responsabilidad enorme de la reproducción de la vida en condiciones crecientes de precariedad social y ambiental, ellas relacionan ese lugar, el habitar el campo, con un sentido de libertad. Por el contrario, las ciudades aparecen como sinónimo de encierro. Se resalta, además, la imposibilidad de ocuparse fuera del campo,

su trabajo no tiene valor en la ciudad mientras que el campo, pese a todo, representa cierta autonomía y un sentimiento de valoración propia.

No me gusta la ciudad, tenía una casa en La Troncal. Cuánto hizo por llevarme él (refiriéndose al marido), pero no me gusta estar ahí encerrada, qué voy a hacer ahí imagínese, en cambio acá en el campo hay aire medio puro, puedo salir no más a hacer cualquier cosa. El campo es todo para mí, acá no hay estrés, en la ciudad uno se estresa sin hacer nada pues, tal vez, si tuviera una profesión, pero aún así la ciudad desespera. Acá aunque sea con mis manos dañadas puedo cultivar, comer sano (Taller Cartografía Social, 2011).

La posibilidad de resignificar esos espacios de desposesión en términos de Harvey (2003), de hacer del margen la potencia, de transformar el sitio de victimización en el lugar de libertad y de agencia, permite valorar mejor la realidad y las resistencias cotidianas en el mundo de las mujeres que “se quedan”, hechas no siempre de manera consciente. Allí reside la posibilidad de transformación y no sólo de sujeción de las estructuras sociales históricas.

CAPÍTULO V
CONSIDERACIONES FINALES.
GÉNERO, MIGRACIÓN Y AMBIENTE: ENTRE LA ESTRUCTURA Y LA
EXPERIENCIA COTIDIANA

Este capítulo pretende cerrar aquello que he querido desarrollar a lo largo de esta investigación, a saber, la relación entre la materialización de las estructuras sociales de exclusión y la división sexual del trabajo entre las mujeres que viven la experiencia migratoria en el “quedarse” y el espacio que habitan.

Como se ha visto, el cantón Cañar ha sido históricamente un lugar de migraciones. De hecho, la migración es ya un tema cotidiano, transversal a la vida de sus habitantes, que además han naturalizado las formas vulnerables, excluyentes e irregulares en las que ésta se lleva a cabo.

Ya desde los años 40, la gente del cantón, en especial de la zona baja, se trasladaba temporalmente hacia otras localidades del país, principalmente hacia La Troncal, donde podían ocuparse como trabajadores asalariados, jornaleros de la producción agrícola de exportación u obreros de la construcción. Posteriormente, la migración internacional aparece como una nueva posibilidad de garantizar la reproducción de la unidad doméstica familiar con base en la diversificación del trabajo ahora transnacionalmente.

Como todo proceso de migración, éste lleva consigo fenómenos sociales ya existentes que se conectan con las estructuras internacionales y las “oportunidades” que ésta les ofrece. Así, si la movilidad era ya una práctica, la presencia de nichos de trabajo –por lo demás vulnerables y precarios– en territorios del norte, acentúa esa movilidad y se transforma en una práctica general o en un “hábitus”.

Pero además existen otros procesos sociales en acción dentro del territorio como determinados acuerdos familiares y de género, prácticas ambientales, formas de producción y distribución de la riqueza y del trabajo, o el acceso a ciertos recursos naturales como la tierra y el agua principalmente, que también se profundizan, se activan y se transforman con la migración.

Así, por ejemplo, la migración mantiene una relación de ida y vuelta con el deterioro ambiental. Antes del *boom* migratorio internacional habían ya formas de producción agrícola poco sustentables ligadas al monocultivo y al uso de agroquímicos; así mismo, se evidenciaba la destrucción de espacios naturales como bosques primarios

y páramos, y un crecimiento de la ganadería lechera. Todo ello ha sido potenciado con la migración. Esta ha permitido que dichas prácticas ambientales y productivas se mantengan pues, aunque poco sustentables, son formas de garantizar la reproducción familiar. El migrante invierte en ganado, en mejoramiento de pastizales, construcción, vehículos, mecaniza la agricultura o simplemente cambia el campo por actividades extra agrícolas ya que estas son más precarias en el mundo entero.

En este sentido, es importante hacer una aclaración: la migración no tiene responsabilidad sobre la inequidad social que produce prácticas productivas no sustentables; al contrario, es la marginación estructural la que obliga a los campesinos a usar los recursos que les quedan para garantizar su sobrevivencia, como ocurre con la venta de madera, la ganadería intensiva y el monocultivo. Es esa misma estructura de exclusión la que provoca la migración en las condiciones en las que ocurre en el cantón.

Otro proceso social que ha acompañado al migratorio es la feminización del campo. La mayoría de migrantes en la zona son hombres, lo que responde a una división sexual muy antigua del trabajo: el varón es el proveedor, por lo tanto, debe buscar recursos materiales mientras que las mujeres son administradoras y cuidadoras principalmente. Con ello, son las mujeres las que se quedan vinculadas al campo y al trabajo agrícola de manera más directa.

De esta forma, las mujeres han sido ubicadas en los espacios más complicados de esta estructura migratoria y ambiental: con mercados poco regulados e inestables, con nulo acceso a crédito productivo, con poco apoyo familiar y mano de obra decreciente y además con los problemas ambientales fruto de la degradación del entorno y del cambio climático global.

Los cambios en el clima, la reducción de caudales y la pobreza afectan de manera particular a estas mujeres. Para Rocheleau (2004), las luchas por el cuidado ambiental han tomado también un rostro bastante femenino en varias partes del mundo en los últimos años. En la zona de estudio, este fenómeno se expresa en la creciente feminización de las organizaciones sociales en general y de las organizaciones del cuidado ambiental en particular.

Por otra parte, la posición de marginación tan marcada de las mujeres campesinas, más si se trata de indígenas, tiene varias caras, no siempre negativas ni victimizantes. Una de ellas es la ya mencionada vinculación con espacios de conservación y cuidado ambiental. En segundo lugar está el acceso a las organizaciones sociales locales, ciertos cambios en el orden de género como menor control de parte de

los cónyuges ausentes, el empoderamiento de las mujeres en su calidad de administradoras de remesas y ahora líderes organizativas. Los fenómenos masivos contemporáneos como la migración internacional favorecen, mediante el intercambio intercultural de quienes se van y la interacción social entre quienes se quedan, la creación de nuevas formas de convivencia social que indudablemente movilizan los roles y estereotipos asignados a cada uno de los sexos. Sin embargo, no trastoca por completo un orden social tan fuertemente cimentado a lo largo de los siglos pues en gran medida las mujeres siguen haciendo actividades propias de su rol social e incluso tienen mayores responsabilidades (García, 2011).

Es así que los relatos de las mujeres entrevistadas muestran que persisten mecanismos de control de la familia ampliada, así como discursos moralizadores de las mujeres migrantes, acompañadas de una responsabilización casi exclusiva sobre el cuidado familiar. A ello debe sumarse la sobrecarga de trabajo que tienen, encargadas de las actividades reproductivas y de cuidado, al frente de la producción en la huerta y además ahora responsables del trabajo organizativo.

Usando el modelo de Malher y Pessar (2002), se puede mirar cómo las mujeres que “se quedan” se mueven también en distintas “escalas geográficas”, desde su cuerpo hacia la familia y la localidad, y a su vez ejercen poder en esas escalas. A pesar de su “ubicación social” bastante marginal, estas mujeres evidencian un grado de “agencia” importante en el sentido que han hecho de su localización social una posibilidad para pensarse a sí mismas, para trastocar ciertas relaciones familiares y para organizarse políticamente.

Estas ambivalencias de la experiencia de las mujeres en “in-movilidad”, entre la estructura y la agencia, han influenciado en las relaciones y representaciones que ellas hacen del espacio, su trato particular con la naturaleza, la huerta y las personas que habitan el lugar.

En primera instancia, el estudio muestra cómo guardan un conocimiento particular sobre la agricultura, una producción más limpia sin agroquímicos, diversificada y de autoconsumo; conocimiento que, en muchos casos, es transmitido de mujer a mujer.

En segundo lugar, la cartografía social ha puesto en evidencia cómo los espacios más importantes y donde pasan la mayor cantidad de su tiempo son sus hogares, sus huertas y sus comunidades. Estos espacios paradójicamente son los de mayor afecto y

molestia. Por una parte, manifiestan sentirse seguras y felices allí pero poco apoyadas por sus familias y poco reconocidas por la comunidad.

Las referencias que usan para definir el lugar son La Troncal y Cañar cabecera cantonal, así como el bosque de San Anselmo y el río Bulu Bulu, principales sitios naturales, precisamente más afectados por el daño ambiental, por tala en el primer caso y por disminución del caudal en el segundo.

El espacio que dibujan se muestra como un lugar de mujeres y de niños principalmente, ellas lo describen como un sitio al que llegan temporalmente sus parientes y vecinos varones. Pese a ello, se denota la presencia constante de los migrantes transnacionales, si bien desde la ausencia, las mujeres conciben el lugar en relación con esos familiares que estuvieron y posiblemente estarán en presencia. Los hogares y la comunidad, son parte y a la vez contienen a los migrantes.

Así mismo, el sitio aparece como un lugar de “servicio”, servir a la familia como madres y a la comunidad como líderes. En ese sentido, el único lugar que aparece como un “sitio propio” y de goce, es el jardín, sus rosas: este es un sitio también de cuidado, pero de regocijo y voluntad propia.

A pesar de todo, el trabajo invertido en la localidad y en las personas que la habitan, las mujeres asocian el lugar con la libertad, manifiestan sentirse libres de actuar, salir, producir, respirar aire puro; al contrario, la ciudad aparece como un sitio de encierro donde su trabajo y su presencia tienen aún menos valor.

Si bien el sistema mundo ha situado a las mujeres en espacios precarios económica y ambientalmente, vinculadas sobre todo al espacio reproductivo, ello corresponde a construcciones sociales y no naturales como ha entendido la ecología política feminista. Sin embargo, esa “marginación” histórico-estructural es también posibilidad de transformación y de recreación. Las mujeres de la zona baja del cantón Cañar no son víctimas, mártires o salvadoras, son mujeres que tienen agencia y luchas propias pese a sus condicionamientos.

BIBLIOGRAFIA

- Arboleda, María (editora) (2006). Género y Ambiente en el Ecuador: teorías, prácticas, creaciones y discusiones: una lectura desde las experiencias. Quito: Instituto de Estudios Ecuatorianos IEE.
- Acosta, Alberto (2006). Impactos de la migración: una lectura desde la experiencia ecuatoriana. Quito: UNICEF
- Acosta, Alberto (2006). La Migración en el Ecuador: oportunidades y amenazas. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar
- Acuña de Nájera, Laura (2004). Las remesas de los inmigrantes: cifras con rostro de mujer. Quito: IECAIM
- Albornoz, Guarderas, Vicente y José Hidalgo Pallares (2007). Características provinciales de la migración ecuatoriana. Cuenca, Ecuador: CORDES.
- Aledo, Antonio y José Andrés, Domínguez (2001). Sociología Ambiental. Madrid
- Caguana, Miguel (2008). “Diásporas de Kichwa Kañaris, islotes de prosperidad”, en: Alicia Torres y Jesús Carrasco (coordinadores). Al filo de la identidad: la migración indígena en América Latina. Quito: FLACSO, sede Ecuador / UNICEF TACRO / AECID.
- Camacho, Gloria y Kathya Hernández (2009). “Territorios en movimiento. Suscal: migración y ¿desarrollo?”, en: Gloria Camacho y Kathya Hernández. Miradas transnacionales, visiones de la migración ecuatoriana desde España y Ecuador. Quito: CEPLAES / SENAMI.
- Carrión Sánchez, Diego (2011). La palabra en nuestra orilla. Estructura agraria y modelo de acumulación rural en el Ecuador: información para el debate político. Quito: IEE / SIPAE / Fundación Rosa Luxemburgo.
- Castles, Stephen (1997). “Globalización y migración: algunas contradicciones urgentes”. Discurso inaugural presentado en la reunión del Consejo Intergubernamental del MOST.
Disponibile en:
<http://www.ub.edu/prometheus21/articulos/nautas/18.pdf>
(Revisado en mayo de 2011)
- Castro Herrera, Guillermo (2002). “Naturaleza, sociedad e historia en América Latina”, en: Héctor Alimonda (compilador). Ecología política. Naturaleza, sociedad y utopía. Buenos Aires: CLACSO.
- CEPAL (2006). Migración Internacional, Derechos Humanos y Desarrollo. Santiago de Chile: Naciones Unidas. Disponible en:
<http://www.eclac.org/publicaciones/xml/8/26608/LCW98-migracion.pdf>
(Revisado en septiembre de 2011)
- Cervone, Emma (1998). Mujeres Contracorriente: voces de líderes indígenas. Quito: ADCI.
- Chayanov, Alexander (1974). La organización de la unidad económica campesina. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Cohen, Jeffrey H. (2004). The Culture of Migration in Southern Mexico. Austin: University of Texas Press.
- Delgado, Raúl y García Zamora Rodolfo (2006). “México en la órbita de la economía global del trabajo barato: dependencia crítica de las remesas”, en: Revista THEOMAL Journal. No 14. Argentina.
- Escobar García, Alexandra (2008). Niñez y Migración en el cantón Cañar. Quito: Observatorio de los Derechos de la Niñez y Adolescencia.

- García, Dennis (coordinador) (2010). Yakuñan, participación y gestión concertada de microcuencas. Cuenca, Ecuador: PHOTOS CEDIR / SENDAS.
- García, María José; Susana Ruiz y Sara Ruiz (2012). “Las que se quedan: género, migración y control social”, en: Revista *Amérique Latine Histoire* 21. París. Disponible en: <http://alhim.revues.org/index3803.html> (Revisado en octubre de 2011).
- García Pascual, Francisco (2007). “¿Un nuevo modelo rural en Ecuador? cambio y permanencias en los espacios rurales en la era de la globalización”, en: Revista *Íconos* 29. Quito: FLACSO, sede Ecuador.
- González Calvo, Valentín (2012). “El duelo migratorio”, en: Revista electrónica *Psicología Científica.com*, XIV.
- Gregorio Gil, Carmen (2004). “Migraciones internacionales y relaciones de género: de su construcción como objeto de estudio a su deconstrucción”, en: Revista *Ankulegi* 8. España: Universidad del País Vasco.
- Gregorio Gil, Carmen (2002). “Procesos migratorios y desigualdades de género”, en: Ana García Mina y María José Carrasco. *Cuestiones de género en el fenómeno de las migraciones*. Madrid: Universidad Pontificia Comillas.
- Habegger, Sabina e Iulia Mancila (2006). *El poder de la cartografía social en las prácticas contrahegemónicas o la cartografía social como estrategia para diagnosticar nuestro territorio*. Disponible en: http://areaciega.net/index.php/plain/Cartografias/car_tac/el-poder-de-la-cartografia-social. (Revisado en mayo de 2011)
- Haraway, Donna (1984). “Manifiesto Ciborg: El sueño ironico de un lenguaje común para las mujeres en el circuito integrado”. Nueva York: Routledge. Disponible en: <http://manifiestocyborg.blogspot.com/> (Consulta: marzo de 2011).
- Harvey, David (2003). “La globalización contemporánea”, en: David Harvey. *Espacios de esperanza*. Madrid: Akal Ediciones.
- Haydea, Izazola (2003). “Migración y medio ambiente”, en: Revista *Doctrina* 123.
- Herrera, Gioconda y otras (editoras) (2005). *La migración ecuatoriana: transnacionalismo, redes e identidades*. Quito: FLACSO, sede Ecuador.
- Herrera, Gioconda (2006). “Precarización del trabajo, crisis de reproducción social y migración femenina: ecuatorianas en España y Estados Unidos”, en: Gioconda Herrera. *La persistencia de la desigualdad de género trabajo y pobreza en América Latina*. Quito: CONAMU / FLACSO, sede Ecuador.
- Herrera, Gioconda (2008). “Políticas migratorias y familias transnacionales: migración ecuatoriana en España y Estados Unidos”, en: Gioconda Herrera y Jacques Ramírez (editores). *América Latina migrante: Estado, familias, identidades*. Quito: FLACSO, sede Ecuador / Ministerio de Cultura.
- Herrera, Gioconda (2011). *Género y migración internacional en la experiencia latinoamericana. De la visibilización del campo a la presencia selectiva*. Quito: FLACSO, sede Ecuador.
- INEC (2001). *Sexto Censo de Población y Quinto de Vivienda*
- INEC (2010). *Séptimo Censo de Población y Sexto de Vivienda*
- INEC (2011). *Reporte estadístico del sector agropecuario*. Quito: Instituto de Estadísticas y Censos (INEC).
- Jokisc Brad y Kyle David (2005). “Las transformaciones de la migración transnacional del Ecuador, 1993-2003”, en: Herrera Gioconda, Castillo María Cristina y

- Torres Alicia La migración ecuatoriana: transnacionalismo, redes e identidades. Quito: FLACSO, sede Ecuador.
- Bakker, Isabella y Stephen Gill (2003). "Global Political Economy and Social Reproduction", en: Power, Production and Social Reproduction. New York: Palgrave Macmillan.
- Cohen, Jean (1996). "Democracy, Difference and the Right of Privacy", en: Seyla Benhabib. Democracy and Difference the Boundaries of the Political. Princeton University Press.
- Left, Enrique (2004). "Ecofeminismo: el género del ambiente", en: Revista Académica Polis, III, 9. México: Universidad Bolivariana.
- Malher, Sarah y Patricia Pessar (2006). "Gender Matters: Ethnographers Bring Gender from the Periphery toward the Core of Migration Studies", en: IMR, XL, 1. Center for Migration Studies of New York.
- Malher, Sarah y Patricia Pessar (2002). "Transnational Migration: Bringing Gender", en: IMR, XXXVII, 3. Center for Migration Studies of New York.
- Martínez Valle, Luciano (2005). "Migración internacional y mercado de trabajo rural en el Ecuador", en: Herrera Gioconda, Castillo María Cristina y Torres Alicia La migración ecuatoriana: transnacionalismo, redes e identidades. Quito: FLACSO, sede Ecuador.
- Martínez Valle, Luciano (2008). Territorios en mutación: repensando el desarrollo desde lo local. Quito.
- Martínez, Luciano (1997). "La nueva ruralidad en el Ecuador", en: Revista Íconos 8, Quito: FLACSO, sede Ecuador.
- Martínez-Alier, Joan (2008). "La crisis económica vista desde la economía ecológica", en: Revista Ecología Política 36.
- Martínez-Alier, Joan (2004). Revista Iberoamericana de Economía Ecológica I: 21-30. España.
- Mazurek, Humberto (2006). Espacio y territorio, instrumentos metodológicos de investigación social. Bolivia: Universidad para la Investigación Estratégica en Bolivia.
- Mies, María (2004). "La necesidad de una nueva visión: la perspectiva de la subsistencia", en: Verónica Vázquez y Margarita Velázquez. Miradas al futuro, hacia la construcción de sociedades sustentables con equidad de género. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Mies, María y Vandana Siva (1998). La praxis del ecofeminismo: biotecnología, consumo y reproducción. Barcelona: Icaria Editorial.
- Ocampo y Rosas-Landa (1990). "Migración y ambiente. Una aproximación metodológica", en: Revista Ecología Política 33, Desplazados Ambientales. España: Editorial Icaria / Asociación de Revistas Culturales de España.
- ODNA (2008). Niñez y migración en el cantón Cañar. Quito: Observatorio de los Derechos de la Niñez y Adolescencia, Fundación Observatorio Social del Ecuador, FLACSO, sede Ecuador / SENAMI / Municipio del cantón Cañar / Plan Internacional / AECID / UNICEF.
- Pedone, Claudia (2006). Estrategias migratorias y poder: tú siempre jalas a los tuyos. Quito: Abya Yala.
- Pérez Moctezuma, Sergio (2010). "La unidad doméstica dentro del proceso migratorio", en: Revista Entre Ver Ando 6: 4-9. México: Universidad de Veracruz.
- Pribilsky, Jason (2007). La chullavida: gender, migration, and the family in Andean Ecuador and New York City. New York: Syracuse University Press.

- Ramírez Gallegos, Franklin (2005). La estampida migratoria ecuatoriana: crisis, redes transnacionales y repertorios de acción migratoria. Quito.
- Rebañ, Nasser (2008). “Juncal de Cañar: la progresiva transformación territorial de una parroquia de la sierra ecuatoriana”, en: Revista Ecuador Debate 75, Quito.
- Rebañ, Nasser (2009). “Diversidad de las estrategias campesinas en la provincia del Azuay: un punto de vista geográfico”, en: Revista Ecuador Debate 77. Quito.
- Rico, María Nieves (1998). “Género, medio ambiente y sustentabilidad del desarrollo”, en: Serie Mujer y Desarrollo. Chile: CEPAL.
- Rocheleau Dianne, Thomas-Slayter Barbara y Wangari Esther (2004). Género y Ambiente: una perspectiva de la ecología política feminista, en: Vázquez García Verónica y Velázquez Gutiérrez Margarita Miradas al Futuro hacia la construcción de sociedades sustentables con equidad de género. México: Centro Internacional de investigaciones para el desarrollo, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Santos, Milton (1986). “Espacio y método”, en: Revista Geo-Crítica: Cuadernos Críticos de Geografía Humana 65. Barcelona. Disponible en: <http://www.ub.edu/geocrit/geo65.htm>
(Revisado en agosto de 2011)
- SIPAE (2011). Atlas sobre la tenencia de la tierra en el Ecuador. Quito: Universidad Central del Ecuador.
- Torres, Alicia (2009). Quilloac: memoria, etnicidad y migración entre los cañaris. Quito: Tesis para la obtención del título de Maestría en Antropología, FLACSO, sede Ecuador.
- Vaillant, Michael (2008). “Más allá del campo: migración internacional y metamorfosis campesinas en la era globalizada. Reflexiones desde el caso rural de Hatun Cañar (Andes ecuatorianos)”, en: Luciano Martínez Valle (compilador). Territorios en mutación: repensando el desarrollo desde lo local. Quito.
- Varios autores (1998). Mujeres contracorriente, voces de líderes indígenas. Quito: CEPLAES.
- Vázquez García, Verónica y Velázquez Gutiérrez, Margarita (2004). Miradas al futuro: hacia la construcción de sociedades sustentables con equidad de género. México: Universidad Autónoma de México.
- Warren, Karen (editora) (1996). Ecological Feminist Philosophies. (Hypatia Book). Indiana University Press. Disponible en: <http://www.psicologiacientifica.com/bv/psicologia-132-3-el-duelo-migratorio.html>